HUGO CHÁVEZ:
EL HUÉRFANO DE LA GUERRA FRÍA

Alejandro Cardozo-Uzcátegui (Venezuela, 1978) es politólogo e historiador. Profesor e investigador de Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Sergio Arboleda y miembro del Grupo de Investigación de Análisis Político (GAP) de la misma casa de estudios en su sede de Bogotá. Doctor de la Euskal Herriko Unibertsitatea (2012) y ganador de la beca de investigación en el «Simón Bolívar Museoa» de Ziotrza-Bolibar, Bizkaia, España (2009-2010). Accésit del premio nacional de Historia «Francisco González Guinán» en la Academia de Historia de Venezuela (2017) y Premio Anual de Investigación de la Universidad Sergio Arboleda (2022 y 2023). Ha escrito para las revistas *Foreign Affairs Latinoamérica*, *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, *Limes. Revista Italiana di Geopolitica*, *Anuario de Estudios Americanos*, *Studia Historica*, *Revista de Indias*, entre otras. También ha publicado con la Asociación Mexicana de Estudios Internacionales, Siglo xxi Editores, Thompson Reuters-Aranzadi y Routledge. Cuenta con una producción historiográfica sobre las revoluciones atlánticas y el período tardocolonial americano, así como artículos, edición académica y capítulos de libro sobre la Guerra Fría en Venezuela. En el ámbito de las Ciencias Políticas se ha centrado en el proceso venezolano contemporáneo y sus relaciones con Eurasia, ha publicado sobre las relaciones entre Venezuela, Cuba, Nicaragua y Rusia como eje de resistencia autoritario, las causas del autoritarismo venezolano y sus redes de apoyo global.

Alejandro Cardozo-Uzcátegui

HUGO CHÁVEZ:
EL HUÉRFANO DE LA GUERRA FRÍA

UNA BIOGRAFÍA POLÍTICA

De la presente edición, 2023

©Alejandro Cardozo-Uzcátegui
©Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición: Ladislao Aguado
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler
Corrección y maquetación: Editorial Hypermedia

ISBN: 978-1-948517-72-0

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Para Braulio Alfredo Cardozo Rojas

Ese cierto «sultanismo» de su cerebro, que de otra manera habría quedado en gran medida sin expresar, se encarnaba en una dictadura irresistible. Porque sea cual fuere la superioridad intelectual de un hombre, nunca puede asumir la supremacía práctica y utilizable sobre otros sin la ayuda de algún tipo de artimañas y argucias externas, que son siempre despreciables e innobles. Esto es, que mantenga por siempre a los verdaderos príncipes del imperio de Dios alejados de las tribulaciones del mundo, y reserve los más altos honores que puede otorgar este ámbito a aquellos hombres que se vuelven famosos más por su infinita inferioridad al puñado elegido y oculto del Divino Inerte que por su superioridad indiscutible respecto al nivel inerte de la masa. Tan grande virtud se oculta en esas cosas pequeñas cuando las extremadas supersticiones políticas las envuelven, que, en algunos casos entre ellos, han conferido autoridad incluso a la imbecilidad del idiota.

Herman Melville, *Moby Dick*, 1851.

PRÓLOGO

Chávez se desvanece. Su imagen como figura histórica está corriendo la misma suerte que la del sistema que lo creó. Y es que Chávez, como bien lo apunta Alejandro Cardozo-Uzcátegui en este libro, no es un reflejo de la mítica, y por tanto falsa, retórica de la revolución que empoderaría al «pueblo», sino el resultado final y decadente de lo que Terry Lynn Karl definió como la «democracia sobre un barril». Así, creo que este es un libro definitivo en dos sentidos: uno, porque a una década de la muerte del hombre que sentenció al sistema que lo creó, difícilmente veo posible una biografía más. Hugo Chávez ha sido retratado por propios y extraños, por amigos y adversarios, de manera rigurosa y otras veces a la ligera. Una herramienta en línea que me gusta usar cuando tengo una corazonada es el *Books Ngram Viewer* de Google. Una simple búsqueda del término compuesto <Hugo Chavez> (así, sin tilde, para libros en inglés, y con ella para aquellos en español) muestra la brutal realidad de la figura en la forma de una cruel y natural parábola. Es el auge y la caída de la más peligrosa creación del petroestado caribeño. El otro sentido definitorio de este libro es que arroja, a quemarropa, una tesis que explica la esencia del personaje, y lo hace desde el título: Chávez fue el huérfano de la Guerra Fría.

En mis conversaciones con el autor es casi ineludible hablar de nuestra recordada Universidad Simón Bolívar. Aunque cada uno vivió de forma distinta las dinámicas del Valle de Sartenejas, en ambos persiste un dejo de nostalgia. En esa nostalgia surgía de cuando en cuando una fórmula casi jocosa que me gustaba contarle a mis estudiantes de primer año: en 1954 cayó el dominio francés en Indochina luego del exitoso asedio a Dien Bien Phu. Ese mismo año, en Guatemala, fue derrocado Jacobo Árbenz por medio de un golpe orquestado por la CIA. En Brasil, luego de perturbadoras circuns-

tancias, Getúlio Vargas se suicidó (de una forma curiosa, por cierto). Y ese mismo año, nació Hugo Chávez. Claro, también nació Angela Merkel, pero el chiste era resaltar que Chávez tenía una conexión con la Guerra Fría, una que él mismo trató de reforzar en sus discursos. El antimperialismo chavista fue siempre un reflejo de la segunda mitad del siglo XX, y así mismo sus ideas socialistas acerca del capitalismo. Escucharlo relatar la historia moderna de las relaciones internacionales, con florituras e imprecisiones, era siempre volver a descubrir que, como el príncipe Metternich, Chávez lamentaba haber nacido tan tarde.

Pero ¿cuándo hubiese querido nacer? Quizá en 1918, como Nasser. O mejor, en 1926, como Castro. En todo caso, su nacimiento y vida no fueron épicos, o al menos no tanto como al parecer hubiese querido. No pudo protestar contra el golpe anglosajón a Mosaddeq, ni le estrechó la mano Jrushchov (aunque sí que trató, con cierto éxito, de igualar la *performance* de éste en la ONU, no con un zapato contra el escritorio, pero sí con su inolvidable «huele a azufre»). Con Alejandro, en plena pandemia de covid-19 y entre un 1-1 de básquetbol y tres *rounds* de kungfú en Teusaquillo, tratábamos de dilucidar si Chávez era en esencia un genuino «guerrero frío» o un mero nostálgico de algo que no vivió (cual *centennial* que escucha a *Blur*). La conclusión es desglosada en las siguientes páginas, y es que usó su posición y el *boom* petrolero para tratar de pasar de ser lo segundo a convertirse en lo primero. Sin verbalizarlo expresamente, se proclamó el último hijo de la Guerra Fría y su entrada en escena coincidió con la muerte de ésta.

Pero Chávez no fue el único huérfano de la Guerra Fría. Hubo y hay muchos más que siguen, con y sin fusil, rumiando el final de la claridad de la confrontación Este-Oeste. Una claridad que, por cierto, no era como se sigue imaginando, pues se ha idealizado como suele pasar con el pasado y los sueños, que se reconstruyen para darles algún sentido. La cultura popular hizo lo suyo en tiempos del chavismo boyante, aquella de más de tres millones de barriles diarios a más de 100 dólares por barril. Viene a mi mente aquella frase de M (Judi Dench) en *Casino Royale* (2006) luego de que Bond (Daniel Craig) hiciera de forma pública y espectacular lo que los gobiernos del mundo hacen todos los días de forma disimulada, destrozar la Convención de Viena sobre Relaciones Diplomáticas (1961): «*In the old days if an agent did something that embarrassing he'd have a good sense to defect. Christ, I miss the Cold War*». Aunque la misma M, 11 años antes en *GoldenEye* (1995) parecía no idealizar tanto la bipolaridad y sus efectos, pues calificó a Bond (Pierce Brosnan) como «*A sexist, misogynist dinosaur… A relic of the Cold War*». La misma M tenía sentimientos distin-

tos sobre la Guerra Fría, siendo adversos estando aún tibio el cadáver de la URSS, y benévolos ya en el siglo XXI.

El huérfano no quiso desprenderse fácilmente del recuerdo de la madre que eligió. Parecía asechado por el fantasma de una tardía irrupción política. Y como dijo Salman Rushdie, «*Now I know what a ghost is. Unfinished business, that's what*». Pero esos asuntos no resueltos no eran reales para Venezuela. El país ejecutó una hazaña poco apreciada: construir, sostener e incluso promover la democracia a punta de petróleo y a pesar de éste, y sin contar con el contexto nacional sociocultural, económico y geopolítico de Noruega, por cierto. Los asuntos eran de Chávez, de un hijo de la democracia que gozó de todas las ventajas que el sistema brindó a esos nacidos en la Venezuela de los 50. Mimado por esa democracia experimental, montada sobre un barril y edificada por hombres que no fueron mimados, renegó de ella, su verdadera madre, y abrazó una impostura que convirtió en su propia identidad política. Fantaseó y logró convertirse en nuestra propia reliquia de la Guerra Fría.

El género de la biografía política que Cardozo-Uzcátegui ensaya en esta obra tiene la virtud de ser académicamente ilustrativa de manera subversiva. Es un libro entretenido en el que cada aparte va dejando sembrada la curiosidad por saber qué vendrá. Y es curioso que eso se haya logrado en un lector como yo, pues conozco la historia y al personaje. Lo padecí directamente, cuando vivir en la Venezuela del segundo *boom* petrolero, sin estar conectado al terminal de renta, por propia voluntad, era tan desolador como ser el único sobrio en una gran borrachera. Releer esa etapa de la historia venezolana es releerse a uno mismo y al contexto. Para los que nos tocó tener conciencia como jóvenes adultos, la lectura de *El huérfano…* es un viaje doble, hacia el personaje en cuestión y hacia nuestra propia circunstancia. Para los que no tuvieron esa experiencia (a quienes envidio), por edad o por distancia, o porque estaban en la misma fiesta, pero no sobrios y por tanto recuerdan de manera distinta al *Aló presidente*, la experiencia del libro será otra. En algunos casos instructiva y en otros generará un conflicto con el autor.

Pero, así como es una experiencia para el lector reconocer a ese Chávez que se gozó la democracia y luego su propia revolución, y quizá reconocerse a sí mismo en cada contexto, hay también claves para dar con los sentimientos encontrados del autor. Un libro como este no se puede escribir sin haber tenido una proximidad segura con respecto al entorno del personaje. La relación biógrafo-figura queda en evidencia a lo largo del libro. Esa tensión íntima que se desliza entre líneas se asimila sin perder el foco en

la tesis central de la obra, la de Chávez como producto de la democracia petrolera y nostálgico de una realidad geopolítica idealizada.

Finalmente, aunque la obra sea enteramente el mérito de Alejandro, materializa en parte ideas que compartimos y que disfruto ver escritas de forma tan coherente. En mi opinión, como observador cercano, Alejandro Cardozo-Uzcátegui es un escritor de libros que incursiona en el género del *paper* académico porque la dinámica de la vida del profesor lo lleva a ello. Y cuando lo hace el resultado es destacable. Pero su pasión es la del investigador clásico, la del sabueso que conecta pistas y teje una narración compuesta, robusta y con un significado que pretende y logra trascender.

Víctor M. Mijares
Bogotá, 22 de enero de 2023.

PRELIMINAR

Claves político-biográficas de Chávez

Hugo Chávez (1954-2013) fue hombre de espectáculos, juglar, militar y líder político —en ese orden— que logró cambiar el curso constitucional de un país y aceleró la historia venezolana hacia derroteros que tal vez la nación estaba condenada, ineluctablemente, a transitar. No cambió la historia, la aceleró. Tampoco instauró una nueva cultura política venezolana, solo la expuso, la descarnó, reveló una psicología de masas subyacente en un orden nacional fingido por casi medio siglo. A diferencia de los líderes predecesores a su Quinta República —su magistral artificio histórico-político—, Chávez conectó, sustancialmente, con el pueblo venezolano, un gentilicio, en su mayoría, iliberal y autoritario. El decoro y las convenciones impidieron ese destape popular, folclórico, en líderes carismáticos anteriores a él, como Rómulo Betancourt, Rafael Caldera o Jaime Lusinchi, todos, igual que Chávez, devenidos del pueblo raso, sin alcurnia ni membresías sanguíneas con la elite caraqueña o andina.

Chávez rezumaba talentos histriónicos envidiables. Una capacidad de transmitir mensajes en lenguaje popular, sin ofender la puesta en escena política, con la cualidad de provocar en las clases intelectuales, cultas o refinadas, un sentimiento de culpa, envidia y, a la vez, de ensueño. Su lenguaje popular venía nutrido de suficiente cultura campesina, como para citar manifestaciones ancestrales lugareñas, sobre todo de los Llanos venezolanos: comidas, bebidas, canciones, coplas, bailes, fiestas patronales, personajes, refranes, modismos, acentos y actitudes en general. Siempre en la órbita semiótica campesina, ajeno al arrabal urbano.

El perfil de su personalidad que más elementos sumó a su liderazgo fue, sin lugar a dudas, su inclinación al espectáculo y a la fiesta. Aunque fue

un abstemio radical —deploraba la ingesta de alcohol— se jactaba de su arte escénico. Comenzó como organizador de eventos artísticos, coordinador musical para llevar a los espacios castrenses a famosas folcloristas como Cristina Maica y Reina Lucero. Fue jefe y administrador del casino de oficiales en el Fuerte Tiuna, la ciudadela militar de Caracas. Confesaba con orgullo sus diligencias en ese aspecto: en junio de 1979, como jefe de logística durante el Plan República (plan nacional para vigilar votaciones) en la ciudad llanera de San Carlos de Cojedes, consiguió que la banda de música de la gobernación celebrara la bienvenida, a modo de fanfarria, al batallón de soldados que custodiaría las elecciones municipales de ese año.

En 1981, en la Academia Militar, formó un grupo de música folclórica llanera —con arpa, cuatro y maracas—. En la misma época, fue varias veces maestro de ceremonia. Tiempos de los que Chávez guardaba los recuerdos más gratos y de los que destaca uno en particular, cuando una famosa diva de la farándula venezolana, en sus propias palabras: «Astrid Carolina Herrera, resultó luego Miss Mundo en Londres, en 1984. Le hicimos tremendo acto en el patio de honor; los animadores éramos Gilberto Correa y yo. Imagínese, ¡Gilberto Correa, uno de los más grandes animadores de televisión!». Chávez —ya era presidente cuando contó esta anécdota— insistía en que esta diva había sido, antes que nada «¡reina de los cadetes en 1982 antes de ser miss Venezuela y miss Mundo!». La confesión, la hizo orgulloso, haber compartido el escenario con un famoso animador de la televisión nacional. Junto con este mismo presentador —Gilberto Correa— participó en el concurso de belleza televisado de un famoso programa sabatino: descendiendo de los aires, el paracaidista Chávez, le entregó una flor a la concursante ganadora (Marcano y Barrera, 2013: 210).

Asimismo, presumía de haber ido a un magazín de televisión: «Yo nunca había salido en televisión. Había un programa al mediodía en el Canal 4, Venevisión, llamado «Buenos días Venezuela», súper célebre. ¿Sabe quién es Napoleón Bravo?» —pregunta Chávez a su entrevistador— y este le responde, sin mucho interés en la anécdota: «No, un animador de televisión me imagino». Chávez insiste en el valor de su incursión farandulera: «Archiconocido. Súper célebre. Hoy está en Miami». En esa misma época de su debut en televisión, Chávez llevó a la Academia Militar a *El Show de Popy*, para que los soldados desfilaran junto a un conocido payaso de la televisión (Ramonet, 2013: 267, 283-287).

En Elorza, ciudad fronteriza de los Llanos venezolanos y colombianos, el entonces capitán Chávez tenía por costumbre irse a la plaza Bolívar —suerte de plaza mayor en Venezuela— a dar una especie de parte informativo

acompañado de otros soldados, llegaban a caballo y se instalaban en la plaza con un altavoz: «¡Tarará, tarará, tarará! Ya la gente sabía, ahí está Chávez, algo va a decir, y empezaba la gente a salir, y un microfonito, una cornetica [bocina] de esa de intemperie, empezábamos a informar: Quiero informarle al pueblo de Elorza que mañana llegan 40 soldados nuevos del contingente tal» (Chávez, 2012g).

En Chávez, el militar faccioso cohabitó con el animador, con el *showman*, una extravagante alianza de atributos que al parecer funcionó y sigue funcionando en esta espiral de democracias alicaídas. Sin dudas, Chávez fue también el maestro de la mayor ceremonia de todas, el poder.

Antes de llegar al máximo cargo político leía de forma díscola, incluso libros de autoayuda como *El Poder está en usted*, de Claude M. Bristol y Harold Sherman. En el poder se hizo culto. Durante los primeros dos años de Chávez en la presidencia, sus alocuciones eran convencionales respecto al volumen de información general sobre política mundial y latinoamericana. Algunos referentes periféricos del peronismo, de los nacionalismos militaristas peruanos, bolivianos y panameños.

El más importante de los elementos estructurantes de su discurso, desde sus primeros años, fue una narrativa heroica y anecdótica de Simón Bolívar y la Guerra de Independencia venezolana —que nunca abandonó—. Retórica devenida, primordialmente, de la obra fundacional del culto patriótico, *Venezuela heroica* (1881) de Eduardo Blanco. Así también, un amasijo compacto de la historia de la Guerra Federal (conflicto entre conservadores y liberales entre 1859 y 1863), donde Chávez se concentraba en la figura del militar y político liberal, Ezequiel Zamora. Era parte de su escena referirse, tantas veces como fuera necesario, a las reformas de la propiedad de la tierra inspiradas por Zamora. Para el tratamiento sobre este político y su brevísima gesta militar, Chávez, tal vez, no traspasó las fronteras hagiográficas de la *Vida del valiente ciudadano general Ezequiel Zamora* de Laureano Villanueva (1898) y *Por aquí pasó Zamora*, de José León Tapia (1976). En su ideología zamorana, Chávez reafirmaba la genialidad militar del liberal, su perfil revolucionario y su temprano asesinato por la oligarquía, como suceso para aplacar la revolución verdadera, que solo Zamora encarnaba y que solo él hubiera podido resolver. Se trataba de una autoconstrucción a través de este político metido a militar, un doble *alter ego*: tanto del héroe faccioso, como de sus circunstancias fatales. Chávez preavisaba que él como enemigo de los oligarcas —para Chávez era la mis-

ma oligarquía desde la Guerra Federal— podría ser asesinado, y con ello, se acabaría su revolución.

> Zamora muere en plena revolución, como lo recordábamos también en diciembre, allá en Santa Inés de Barinas —la gran victoria de Zamora— en la Batalla de Santa Inés. Genio militar lo era, sin duda; nosotros como soldados debemos rendirle tributo a un gran soldado. Cuando mataron a Zamora —un mes después de la Batalla de Santa Inés, y todavía no se sabe, y seguro nunca se sabrá, de dónde salió la bala asesina— murió la esencia de la revolución, a pesar de que continuó la guerra por varios años. Pero Zamora representaba la esencia de aquella revolución (Chávez, 2016: 11-15).

De la misma manera, extremadamente llamativa será la conexión existencial de Chávez con otro personaje histórico, un mítico rebelde de los Llanos venezolanos, Pedro Pérez Delgado, alias Maisanta, quien organizaba escaramuzas y montoneras contra el primer dictador venezolano del siglo xx, Juan Vicente Gómez. Esta conexión es sugerente, porque había parentesco sanguíneo entre Pedro Pérez Delgado y Chávez, y en el contexto de esa coincidencia, el entonces presidente venezolano mandaba a buscar a sus edecanes legajos enteros de documentos del Archivo Histórico de Miraflores, en el sótano del palacio de gobierno, y los exploraba él mismo, haciéndose, por medio de este ritual, partícipe de esa leyenda que dio a conocer el historiador José León Tapia en su libro *Maisanta, el último hombre a caballo* (1974).

Paul Valéry decía «la historia justifica lo que queramos», y estas vertientes historicistas de Chávez se fueron profundizando, más que en contenido, en la persistente difusión dentro de sus diferentes foros de transmisión política. Esa penetración historicista era, asimismo, la interpretación que él hacía, en una soberbia conexión con cualquier circunstancia política que demandaba torcer un mensaje histórico, o sacarlo con pinza, para cumplir un cometido político.

En la medida que transcurría el tiempo en el poder, Chávez fue informándose cada vez más del contexto global, de la historia de las relaciones internacionales, de geopolítica, del papel de Venezuela en el sistema mundial. Después de los sucesos de la primavera de 2002 —volveremos a ella— aterrizaron en el palacio de Miraflores un sinfín de caravanas internacionales de intelectuales de izquierda. La famosa autora chilena de manuales marxistas, Martha Harnecker, tuvo una pequeña oficina en el ala administrativa —lugar semejante a un búnker subterráneo— del palacio

de Miraflores. Igualmente llegó la célebre «conexión francesa», aprendices de consejeros políticos, liderados por el gurú periodístico español Ignacio Ramonet, quien, en su momento esplendoroso con Chávez, influyó incluso en colocaciones y remociones ministeriales. Asimismo, profesores españoles como Juan Carlos Monedero, revolotearon breve tiempo alrededor de algunos asesores del presidente. No obstante, Monedero se empecinó en apoyar a un ministro del despacho presidencial, uno de los cargos que más sufrían destituciones por tratarse de asistir al irritable Chávez, y el español salió de la escena tan pronto como el ministro fue despedido, no sin antes cobrar unos extraordinarios honorarios, que, según la prensa española, fue el capital semilla del partido español Podemos.

En fin, entre otros muchos, esta caravana de la internacional de la propaganda, preparaba parte de los materiales, muy escogidos, que leería Chávez en sus conocidas sesiones de estudio. Por esa vía llegó el presidente a leer al anarquista norteamericano Noam Chomsky; al último caballero marxista, Eric Hobswan; al argentino-mexicano Enrique Dussel o a James Petras, entre otros referentes del movimiento altermundista. Había una conexión directa con el Archivo Histórico de Miraflores —incluso, en algún organigrama de la Presidencia así se estableció—, donde los analistas archiveros (ahí cohabitaban historiadores, documentalistas y politólogos) seleccionaban efemérides, las condensaban y preparaban breves informes en hojas blancas, en letra Arial cuerpo 16 o 22. La hoja se imprimía solo hasta la mitad, y así se hacía llegar al miope Chávez para que diera su alocución con un apoyo de información tanto diversa como oportuna, dependiendo del momento político de esa transmisión. Este formato era muy requerido en su programa dominical *Aló Presidente*, especie de gabinete ministerial televisado en vivo, donde el presidente informaba, aterraba o hacía reír al país. Chávez logró hacer 378 emisiones de *Aló Presidente* entre 1999 y 2012.

Tras el intento del atípico itinerario golpista en abril de 2002, llevado a cabo por una cúpula de políticos opositores, empresarios, periodistas, funcionarios públicos, directores de policía, militares en retiro y en servicio, la vida política de Chávez cambió, se aclaró, se despejó. Primero, logró poner en blanco y negro su círculo político inmediato: los desleales, los leales, los más leales y los —en jerga de juegos de azar— resteados. En ese orden de lealtades, Chávez redefinió las cuotas de poder que en lo sucesivo concedería a sus aliados, construyendo la nomenclatura chavista. Un círculo de poder que se volvería progresivamente más exclusivo. Así también, este intento de derrocarlo acrisoló el papel de las Fuerzas Armadas (en adelante FF. AA.) en su proyecto, depurándolas de los ofi-

ciales más antiguos en servicio, como de los que propiciaron el intento de golpe dentro de ellas. Lo último, aunque parezca ilógico, fue lo menos importante y lo más sencillo. Lo primero fue fundamental: retirar de su entorno a los oficiales antiguos (anteriores a la promoción de 1975), más comprometidos con la profesionalización de la carrera militar y, menos, con el partido. Finalmente, y de ahí la explicación sobre la perduración de la revolución bolivariana en los dos gobiernos chavistas hasta hoy: tras el 11 de abril se aceleró el proceso de neutralización y anulación de las FF. AA. dentro del proyecto bolivariano.

Abril de 2002 será la fecha bisagra de la vida política de Chávez. Aunque su visión de revolución socialista, de dimensiones continentales, estuvo flotando desde el principio, no fue hasta después de abril de 2002 que se asentó el plan. Escoger a Cuba como cerebro de todo el proceso también existió en los planes primigenios de la revolución chavista. De hecho, lo dijo públicamente delante de cámaras y de todos los presentes en el auditorio de la Universidad de La Habana, el 14 de diciembre de 1994. En ese discurso, con Fidel Castro en la audiencia, Chávez develó su anteproyecto. Entre otras cosas, anunció que el petróleo venezolano debería ser el combustible para motorizar la revolución en toda América Latina, y los primeros invitados para copilotar el barco en la travesía, serían los cubanos, pues ellos encarnaban al único pueblo, en la región, que exitosamente había logrado repeler la agresión estadounidense en condiciones materiales precarias, pero en condiciones morales insuperables.

Gracias al itinerario de abril de 2002, a la sorprendente improvisación de ese intento de derrocamiento, a Chávez, por un lado, se le clarificó el panorama político y, por otro, se le otorgó un pase privilegiado para radicalizar su gobierno hasta entonces reformista, y dar marcha a velocidad de revolución. No solo se desprestigió la oposición política venezolana (que, a pesar de esa jugada errática, fue la oposición más coherente hasta hoy), sino que se legitimó la radicalización de sus decisiones posteriores. El gran referente y baño de legalidad para compensar todos los errores gerenciales y atropellos del chavismo, en lo sucesivo, sería la efeméride política del 11 de abril. Más que una fecha, se transformó en un mantra.

Este preliminar solo busca conducir al lector a unas pocas regiones del extenso mapa que fue Chávez. Consideramos que su supervivencia política del 11 al 13 de abril de 2002, es una de las claves de su hegemonía en el poder. Esta biografía política pretende explicar a un hombre que vivió intensamente el poder y, por ello, cambió para siempre la fisionomía de una nación.

> «Yo quiero agradecerte Igor [Sechin], nunca se me olvida cuando vino Putin aquí y miró esta experiencia, hay que ver lo que hizo la revolución soviética en todos aquellos pueblos, construyeron ciudades. […] Por primera vez empresas rusas producen petróleo en el continente americano ¿ves? Por primera vez en 100 años, nunca una empresa rusa había producido una gota de petróleo en este continente. Ahora comienzan en Venezuela, ¿por qué? Bueno, producto de la Guerra Fría y del férreo control que tenía el imperio yanqui sobre el territorio de América Latina y el Caribe. Ahora somos libres». Chávez, 2012.

¿Por qué Chávez es un huérfano de la Guerra Fría? Comenzando por lo segundo, la Guerra Fría, aunque fue una fase de la geopolítica, de la economía y de las formas culturales dominantes de Estados Unidos y la Rusia soviética, la impronta de esa relación, entre hegemones, dejó una traza mayor en las formas de poder, en la estructura económica y en los sistemas culturales del tercer mundo: de América Latina y el Caribe, de África, del Medio Oriente y del Sudeste Asiático. Esa mayor impronta significó, también, traumas. Y ahora sí, respondiendo lo primero: Chávez fue un trauma de la Guerra Fría.

La Guerra Fría en Venezuela definió unas relaciones de poder específicas, por el rol que le correspondió jugar al país al ser petrolero. Ese hecho, esa causalidad geológica, natural, mineral, situó a Venezuela en la diagonal de la Guerra Fría, pues le otorgó un papel, una relación, una conversación diferente con Estados Unidos que con el resto de la región, y viceversa: Washington conversó de manera diferente con Caracas, que con los vecinos caribeños y andinos más cercanos. Ese diálogo también evolucionó por factores históricos muy determinantes: mientras Venezuela caminaba hacia su modernidad, Estados Unidos entraba en las primeras espirales de la Guerra Fría. Por ende, la búsqueda política de Venezuela también coincidió con un espacio global que Estados Unidos estaba rivalizando con la Unión Soviética, y el petróleo franqueó, de una y otra forma, todos estos momentos.

Si Venezuela alcanzó, definitivamente, al final de la década de los años cincuenta, su «mayoría de edad» sociopolítica, con la democracia representativa inaugural de 1960; esa misma corriente quiso llevar al país a una «mayoría de edad» económica, que se vio condicionada por el petróleo. Además, y hay que decirlo, Estados Unidos fue comprendiendo y aceptando ese proyecto venezolano, siempre y cuando el país procurara garantías energéticas y geopolíticas.

El debate de ese acompañamiento sigue en la mesa de los laboratorios historiográficos, pero dos hechos son patentes: la industria petrolera que heredó Venezuela en la década de los setenta fue estadounidense, así como parte de sus procesos gerenciales. Tras la nacionalización —y estatización— se logró crear, con lo que dejaron las multinacionales y con capital humano venezolano, Petróleos de Venezuela (Pdvsa), la que por veintinueve años fue una empresa petrolera de clase mundial, entre las mejores.

A finales de los años setenta, coexistió una organización del primer mundo con un país del tercer mundo. Un entendimiento cordial entre el Estado, que respetó hasta 1999 los procesos de la empresa petrolera, mientras esta favoreciera el crecimiento de aquel: el petróleo no se nacionalizó, se estatizó, pero con la particularidad de permitir un ecosistema petrolero autónomo al sistema político. El pacto se mantuvo mientras entraron divisas al país, pero, cuando el torrente mermó, el pacto se resintió. Comenzó la fase de incertidumbre, donde permeó una ojeriza contra la industria, por parte de sectores políticos e intelectuales de izquierda y nacionalistas radicales, que influyeron en el pensamiento de Chávez.

El otro hecho es que Estados Unidos, por sus dinámicas electorales propias, dio fin a la gran estrategia de Guerra Fría de Harry Truman y de Ike Eisenhower, y se abrió al nuevo pacto de las Américas de John F. Kennedy: entusiasta de los procesos de democratización regional, donde Venezuela parecía ser uno de los mejores ensayos, a pesar de que, en el mismo algoritmo de la Guerra Fría, el país sufría, en ese preciso momento, la huella de la violencia guerrillera de izquierda. Estados Unidos, en el rigor de una segunda etapa de Guerra Fría, acompañó también a Venezuela en esa búsqueda de modernidad política y, además, la secundó para enfrentar el conflicto guerrillero en miras de su estabilización democrática.

De vuelta al laboratorio historiográfico, buena parte de la muestra de todo este proceso da cuenta de desequilibrios en la balanza de la riqueza por la monoproducción petrolera, la dependencia rentista, de súper ciclos y caídas de precios, de inflación y endeudamiento público, de campesinos abandonados en la dinámica del petróleo —que empobrece la tierra del campo y sobrevalora la tierra de la ciudad—, lo que condujo al atávico fenómeno latinoamericano de grandes y sostenidas oleadas campesinas hacia las ciudades (que absorben más directamente la renta petrolera) y todo aquello, eventualmente, hizo colapsar el proyecto de modernidad. Este desmayo del proceso de modernidad se notó en inequidad, cinturones de pobreza, marginalidad, insuficiencia estructural y, en definitiva, el desequilibrio social entre sectores precariamente urbanos. Factores que explican la

reacción guerrillera de izquierda y su ofuscación respecto a la cooperación estadounidense, como si fuera un pacto de elites por petróleo.

Chávez nació en el auge de esta búsqueda de modernidad en Venezuela, pero su maduración política se dio cuando comenzó el colapso, y una de las pocas salidas interpretativas que Chávez tuvo a la mano estaba anclada en la Guerra Fría desde el prisma de la izquierda: la culpa del subdesarrollo y de la pobreza de Venezuela era de una oligarquía autóctona aliada del imperio estadounidense; oligarcas que se enriquecían, en detrimento del pueblo desasistido, proveyendo energía barata al imperio.

La respuesta de Chávez, respecto a su mirada trágica de la historia, fue usar la violencia revolucionaria y el golpismo para provocar, a mediano plazo, un proceso socialista, supuestamente atado a las peculiaridades venezolanas (idiosincrasia petrolera, un socialismo con abundancia), para no temerle al socialismo. Creer y hacer creer, que el fracaso del mundo socialista, durante la Guerra Fría, fue por la intervención del gran capital y del imperialismo estadounidense. Si lo dejaban germinar, el modelo venezolano no tendría fallas. La nueva revolución bolivariana sería parte y consecuencia de la Guerra Fría. Dijo Chávez en 2009: «cuidado que la gente le tiene miedo al socialismo, la campaña es feroz, que si el modelo cubano, que si vuelve la Guerra Fría; bueno, más del sesenta por ciento votó no por mí […] votó por nuestro socialismo» (2009a).

Así pues, Chávez se ancló en la retórica de la Guerra Fría para poder construir su política exterior sobre la base de una némesis: «El más grande tirano de este planeta se llama Estados Unidos y su imperio maldito», dijo en 2009, en Copenhague (2009b). Esta caracterización le funcionó, todavía mejor, en su política doméstica. Su yugo electoral, por ejemplo, fue reforzado por esa némesis autoconstruida de la revolución asediada por el imperio estadounidense.

Sus inicios políticos, sus primeras exploraciones, estuvieron marcadas por esta estética de ideologías confrontadas durante la Guerra Fría. Como veremos en este libro, al principio no hubo una ideología chavista clara, dada la extravagante mezcla de ideas, referentes, personajes, textos e interpretaciones variopintas de todas las historias. Ese proceso personal coincidió con motivaciones internas y externas, que proveyeron una determinación de conquista y conservación del poder.

Su ideología revolucionaria de izquierda fue tomando forma en la medida que Chávez fue superando etapas y ganando control de la escena nacional. Hasta cuando, incluso, lanzó lo que podríamos denominar una Doctrina Chávez: base popular y legitimación electoral por medio del asis-

tencialismo estatista, esta se sostenía por los precios del petróleo, lo cual le permitió una congruencia internacional con la unidad diplomática de los países parias, toda vez que estos fueron más tolerados por las propias iniciativas de Chávez: fortalecimiento de la histórica Organización de Países Exportadores de Petróleo (Opep), gestación de sus modelos de integración suramericana como la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (Alba), la Unión Suramericana de Naciones (Unasur) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac).

También, como puente hacia los mundos parias, sin contar a Cuba (Libia, Irán, Siria, Bielorrusia y Rusia principalmente), la Doctrina Chávez fue posible por tres factores: su geoeconomía petrolera en el auge de los precios de la canasta del crudo, por la escasa contraloría interna que le dio luz verde para hacer una diplomacia energética (Petrocaribe, por ejemplo), gracias a un parlamento controlado y reducido a una expresión meramente simbólica, y por la permisividad del sistema internacional, que fue cada vez más tolerante a los desafíos de esta doctrina tercermundista.

Esa conveniente tolerancia —y resignación— de Estados Unidos hacia el proyecto chavista, se debió, en buena medida, al cambio de la política exterior estadounidense a partir de los ataques del 11 de septiembre de 2001. La Casa Blanca fue abandonando, poco a poco, a la región. Su atención especial al Medio Oriente coincidió con vigilar los costos políticos, morales y económicos de sus iniciativas como el Área de Libre Comercio para las Américas (Alca). Por un lado, el subcontinente suramericano es enorme, autogestiona sus revoluciones o procesos electorales de izquierda, relativamente inofensivos para Washington y, por otro, Estados Unidos siempre será visto, por este correlato de izquierda, como un «imperio maldito» por el empeño de integración económica de libre mercado.

Desde Castro, Chávez, pasando por Ortega, Correa, Morales, la pareja Kirchner, hasta llegar a Lula, toda iniciativa desde la Casa Blanca fue imputada de imperialista y ventajista, y el retraso del continente, su culpa. Así que Estados Unidos desistió de una gran estrategia para América Latina, y solo mantuvo ciertos aliados. Ese cambio de paradigma benefició al proyecto del Socialismo del Siglo xxi de Chávez y su eje diplomático.

Chávez realizó su escena inaugural en la política venezolana —el intento golpista del 4 de febrero de 1992—, apenas 41 días después de la disolución de la Unión Soviética. Él fue una circunstancia existencial de la Guerra Fría, empero, cuando llegó a la presidencia en 1999, para gestionar una política exterior y diseñar su arquitectura de alianzas, la Guerra Fría era un

capítulo superado por el sistema internacional. En 1994, cuando conoció a Fidel Castro en el aeropuerto José Martí, se encontraron dos huérfanos de la Guerra Fría, solo que Fidel era un huérfano legítimo, y Chávez era un expósito: nadie lo reconocía como un beligerante del mundo bipolar, la Unión Soviética ya no existía. Él quiso vivir esa lógica geopolítica con su ecosistema ideológico, y desafiar, otra vez, al hegemón estadounidense.

La «orfandad» en el título también se explica por una peculiaridad de Chávez, su constante búsqueda de padres políticos y padres ideológicos. A lo largo del libro veremos cómo se dio ese tipo de relaciones. Incluso, ni siquiera en público, Chávez tuvo reparo en llamar padres putativos a Luis Miquilena, al coronel Hugo Trejo, al general Pérez Arcay y, de forma diferente, a José Vicente Rangel y al general Müller Rojas. Todos ellos estuvieron en la diagonal venezolana de la Guerra Fría, sin olvidar que Fidel fue, sin dudas, el protagonista del mundo bipolar en América Latina.

Como si se tratara de la última pesadilla de Fukuyama, el azar que tan convenientemente acompañó a Chávez, distorsionó los planes de Estados Unidos el 11 de septiembre de 2001, como una fatalidad para el destino de las democracias liberales y de las economías de libre mercado en América Latina. Washington se enfrascó en su guerra contra el terror en Medio Oriente y dejó el camino libre para la nostalgia sovietista y el relato del nuevo socialismo del siglo naciente que erigió Chávez, huérfano de la Guerra Fría, pero padre de una nueva fábula revolucionaria, autoritaria, socialista, paria, iliberal y antiestadounidense. Así lo ratificó en la Asamblea Legislativa de Río de Janeiro: «Lo que estos gringos imperialistas no quieren reconocer, o no pueden, porque no les da su capacidad para analizar un mundo, para analizar los fenómenos políticos, por desconocimiento e ignorancia a lo mejor, es que no somos Fidel y yo los que le estamos poniendo un sello izquierdista a la América Latina, son los pueblos que le están poniendo un sello izquierdista a la América Latina» (Chávez, 2007p).

«La república de antes» y el apocalipsis

El apocalipsis no debe ser solo el final de la humanidad. Quizá habrá uno como lo narra la epifanía de San Juan. Sin embargo, las sociedades, las naciones, los pueblos, viven diversos apocalipsis en secciones de su historia, cuando un ciclo termina abruptamente con un modo de vida al cual una sociedad se había acostumbrado durante un tiempo específico: medio

milenio, medio siglo, una época que muere. John Gray expone esto, refiriéndose como ejemplo abrumador de un apocalipsis local, a la revolución bolchevique o al holocausto judío perpetrado por los nazis: fue el fin apocalíptico, particular, de unos pueblos escogidos por el hacha de la historia.

Los rusos, entre 1917 y 1923, vieron cómo, violentamente, sucumbió el mundo zarista de casi cinco siglos, con una cantidad de muertos que no se vieron en la Primera Guerra Mundial, o una represión interna que desapareció más rusos en un lustro, que todos los muertos sumados del último zar (la Cheka entre 1918 y 1919 ejecutó 1000 personas mensuales). Jamás, el país más grande del orbe, volvió a su modo de vida anterior, fue la destrucción de un mundo, que dio paso a otro, el sovietismo.

Venezuela ha vivido sus propios apocalipsis. La Guerra de Independencia fue uno: el final del mundo español-venezolano a través de una transición violentísima, que cambió para siempre el paisaje humano y las instituciones de un territorio. Engendró una república varias veces fallida, hasta finales del siglo XIX, cuando tras un proceso lento y relativamente violento, logró finalmente algo parecido a un Estado-nación moderno.

La nación prosperó en instituciones, dio paso, casi como etapas de un evolucionismo político vertiginoso, a adelantadas instituciones democráticas desde 1959. El pueblo de Venezuela se acopló rápidamente a la cotidianidad democrática, bipartidista y pendular del poder de sus elites políticas que, al mismo tiempo, quisieron acelerar el carro de la modernidad con la súbita riqueza del petróleo. Hizo más el singular binomio democracia-petróleo, que todos los proyectos anteriores juntos. Masificación de la modernidad: escuelas, universidades, agua potable, energía, autopistas, redes privadas —y eficientes— de producción y comercio básico, mediano y complejo, telecomunicaciones y cultura democrática.

Un modo de vida moderno, inserto y coherente en cualquier imaginario occidental de prosperidad. Probablemente se trató de un proceso sociopolítico que a Europa le había costado —sangre, sudor y lágrimas— desde las guerras napoleónicas hasta la Segunda Guerra Mundial, a Venezuela, se le dio muy rápido y, tal vez, muy fácil. Ese camino expedito por la vía del dinero petrolero y, ciertamente, por un proyecto cultural y político de la elite gestada desde 1928, llevó al país a vivir, casi por medio siglo, en un vergel que en 1970 muchos dieron por eternizable.

En 1992, el vergel se vio comprometido con un golpe de Estado fallido. Chávez, al mando de unos cuantos oficiales y tropa, asestó la primera herida al nirvana democrático. Ocurrieron todos los sucesos cómo, finalmente, sucede la historia para que se sirva perfecta: Chávez tomó el poder en 1998

por la vía de las mismas instituciones que quiso derrumbar en 1992. Venezuela cambió para siempre, pero en un sentido que explica John Gray: nada iba a ser como antes.

Ese es el apocalipsis, compartimentado e íntimo, que le toca experimentar a los pueblos una vez que, por muchas razones, decide destruir el presente en nombre del pasado, sin saber qué es el futuro. Todo lo que estaba construido en la *República de antes* empezó a degradarse, por una visión ideológica y por el mismo desgaste de otro sistema que empezaba a superponerse: se promovió la devastación de las instituciones democráticas existentes, y la masificación de la modernidad se transformó en la masificación de la revolución, echando abajo universidades, el comercio, aparatos productivos agrarios e industriales y, luego, las bases estructurales de los servicios de agua, electricidad, telecomunicaciones y energía. Las postales de *La República de antes* ahora parecen el lejano futuro de otra civilización.

La República de antes fue receptora de migraciones, de pueblos que llevaban sus apocalipsis a cuestas. Hoy los venezolanos huyen de su apocalipsis propio hacia cualquier latitud del mundo. El retorno histórico no existe. Habrá otra Venezuela, en un futuro, porque los países se acaban, y por las leyes de la naturaleza resurgen como otro.

Una biografía política del artífice de este tiempo presente, debe escribirse, para entender las líneas maestras de un proyecto que cambió a Venezuela y que, en cierto punto, quiso incidir en otros lugares de la región. El chavismo, por un instante del siglo XXI, se volvió una ideología regional. Su propuesta teórica no puede comprenderse solo en la nostalgia de relatos autoritarios de izquierda, pues se encuentra en la relación íntima de un interlocutor histórico como Chávez, con sus apetencias ideológicas, pero también de sus nutrientes, de su visión de Venezuela desde el primer instante en que se volvió un animal político. El Ejército venezolano —otra de las instituciones que demolió el chavismo— guarda, esconde, algunas de estas explicaciones, empero, no tantas como suponen algunos autores. Su relación con el paisaje, con los pueblos, propia de los itinerarios geográficos de un soldado, también puede dar alguna clave. Estos personajes como Chávez, traman con la historia una relación profunda. Encuentran en ella formas de venganza a través de la humillación histórica, de las analogías convenientes, de las pasiones; de la nostalgia artificial, cuando irresponsablemente prometen un «país potencia», mejor que antes, a partir de nichos históricos como la Guerra de Independencia y la Guerra Federal, acaso, los peores momentos de Venezuela antes de la llegada de la Revolución Bolivariana.

Proponemos una biografía política, peregrino libro que intenta entender el devenir de un personaje desde su intimidad con lo público. Espacios íntimos dentro de la esfera política. Porque, probablemente, Chávez decidió mezclar esas dos esferas para lograr esa teologal relación con el pueblo, con las masas. Ya lo decía durante una histriónica agonía durante su última campaña: «Yo no soy Chávez, Chávez es un pueblo», sugerente autotransformación, desdoblamiento mítico-populista: el ser político que se transforma en la expresión de las masas. Brillante joya retórica —volveremos a ella— que acabó en ser una verdad colosal con el incremento de la violencia social como política, del resentimiento interclasista, de la criminalidad, de la corrupción, del peculado, de las expropiaciones, de las invasiones urbanas y agrícolas, con la consolidación de toda clase de mafias de arriba hacia abajo y viceversa: minero-extractivistas, ecocidas, petroleras, burocráticas, trasnacionales. Finalmente, Chávez es todo un pueblo, pueblo que migra caminando a Colombia, Ecuador y Perú, muere de extenuación en el cruce de los páramos, en el tapón del Darién, ahogado en el mar de Güiria y en el Río Grande; y en Trinidad, baleado por sus guardacostas.

Las fuerzas profundas

> «[…] se dice que yo soy el candidato del odio, de la rabia; ciertamente hay odio y hay rabia en un pueblo marginal, un pueblo que han robado, pero yo lo que estoy tratando de hacer es recoger esa rabia, ese odio, esa indignación, para darle una transformación, un sentido positivo y constructivo a ese sentimiento». Chávez, 28 de abril de 1998.

David Rieff propone que la Historia puede ser un «pegamento tóxico» que fomenta el resentimiento y el rencor, emociones que pareciera definir cada vez mejor nuestra época (Rieff, 2016). Bruno Tertrais (2018) también define la humillación histórica como una fuerza política que ha logrado, incluso, movilizar las relaciones internacionales por las nuevas confesiones nacionalistas de países como Rusia, China o Turquía. Así también, a través de la explicación del resentimiento (una personalización de la humillación histórica), se ha tratado de comprender a Chávez. La mayoría que adversa el proyecto político chavista, vio en su rencor y resentimiento, las fuerzas profundas que congregaron la destrucción institucional democrática de Venezuela.

El resultado fue ese: la versión marxista de que la historia se dinamiza por la violencia y el odio. Sin embargo, Chávez no sufrió en su vida

las humillaciones históricas, de clase, ni antes ni después de entrar en la Academia Militar. Su infancia fue plácida, alrededor de lo bucólico de la provincia, pero sin carencias materiales. Su núcleo familiar fue bastante sólido en lo afectivo y en lo económico: sus padres fueron afectuosos e implementaron una paternidad «moderna», nada arcaica, ni rigurosa, como dictaba la época. Con referentes familiares como su abuela paterna, que le inculcaron la tradición local, y lo vincularon con raíces familiares ancestrales, es decir, no padeció la desconexión histórico-familiar que sufren las clases marginadas, como dice Oscar Lewis en *La cultura de la pobreza* (1967), los marginados no logran acoplarse a la organicidad social por carecer de memoria e identidad histórica de sí mismos.

En lo material, los Chávez-Frías eran profesionales del magisterio, políticamente vinculados con el partido socialcristiano Copei, y en otro momento con el Movimiento Electoral del Pueblo, el partido de los educadores. Asimismo, tenían tierras donde criaban ganado vacuno y cerdos[1]. En las numerosas entrevistas hechas a Chávez, confesaba que su infancia y primera juventud corrieron por paisajes rurales y urbanos agradables, gozó de la modernidad estructural de la democracia representativa. Jugó béisbol en diferentes divisiones locales e internacionales, tuvo novias, amigos y compañeros. Su relación con buena parte de sus hermanos, todos varones, fue idílica, y cumplió ese rol de la juventud de vivir a plenitud. Además, los Chávez Frías se profesionalizaron en física, historia, ingeniería y la carrera militar.

Vivió una primera juventud plena, se graduó como bachiller en ciencias en 1971. Ingresó a la Academia Militar sin problemas el mismo año de 1971 (salvo un curso de química que no aprobó en el último año de bachillerato) por la vía del béisbol, de hecho, su plan original era entrar ahí para poder jugar a la pelota. Una vez fichado por algún equipo o escuela de béisbol, dejaría la carrera militar. Dicho por él mismo, disfrutó Caracas, sus lugares, sus bares, restaurantes, discotecas, teatros, cines, parques. Vivió una pequeña bohemia con la música de época, Sandro, Julio Iglesias, Leo Dan, Los Panchos. Cantaba por placer y tuvo amigos cantantes en pequeñas funciones y lugares nocturnos. Jugó a la pelota en el estadio universitario de Caracas, rugby en el campus de la Universidad Simón Bolívar (donde intentó un posgrado en Ciencias Políticas al salir de prisión), conoció pe-

[1] La Chavera, una hacienda que Chávez en 1998, en plena campaña, negaba que existía: «En cuanto a una finca en Barinas que por ahí preguntaste, yo no tengo ninguna finca en Barinas, nunca he tenido finca ni tendré tampoco» (Chávez, 1998j). En entrevistas posteriores, ya presidente, por descuido en su conversación autobiográfica, o sin prurito al respecto, hablaba de la hacienda de los Chávez (Ramonet, 2003: 460).

loteros locales famosos, destacó en diferentes torneos deportivos internos y externos de las FF. AA. Su primera pasión, el béisbol, la desempeñó a la altura del capricho de un mimado del sistema: viajó dos veces a jugar en República Dominicana con el equipo de las FF. AA.

Se casó y tuvo tres hijos[2] con su primera esposa (1977), Nancy, persona discretísima, a la que ni la CIA pudo sacarle una intriga. Chávez recorrió Venezuela en la medida que la profesión castrense se lo exigía. Durante su carrera militar tuvo y habitó casas donde quiso: casa en Barinas, un apartamento en Maracay, una casa en San Jacinto de Carabobo, un apartamento en Baruta y otra casa en San Bernardino de Caracas, excelente urbanización, de prestigioso recogimiento judío. Sus superiores —narrado por él mismo— lo estimaban verdaderamente, lo apoyaron para conseguir vivienda, le dieron los permisos necesarios para los partos de su esposa, las exequias de su abuela y cualquier exigencia de licencia para situaciones familiares. Oficiales como el director de la Academia Militar, el general Olavarría —dicho por el mismo Chávez, un hombre de derecha— lo apreciaba y, por ende, lo promocionó dentro y fuera de la Academia. Desde el Ministerio de la Inteligencia (extravagante despacho inspirado por el ministro homónimo del presidente Luis Herrera Campíns, Luis Alberto Machado) lo llevaron a la televisión para que hablara del método —de moda entonces— del «pensamiento paralelo» de Edward de Bono, aplicado al Ejército. Aprovechó el sistema de seguridad social de las FF. AA. para la salud propia y la de su familia, para créditos hipotecarios y de otros tipos. Con menos de 30 años vivía en un apartamento en Baruta con su esposa e hijos, municipio de clase media, muy codiciado en el ensueño urbano caraqueño (Ramonet, 2013: 285, 287).

En los recuerdos narrados de su primera y segunda juventud, y luego como militar de carrera, es evidente que se regocijó de aquella vida afable urbana caraqueña, barinesa, barquisimetana, maracayera, valenciana, así como del oriente venezolano, sobre todo en Maturín, donde las expediciones antiguerrilleras lo llevaron por todo el macizo de Caripe. Una vida obsequiosa de la democracia representativa y sus virtudes modernas, tanto en infraestructura como en cultura política.

Entonces, ¿dónde o cómo el resentimiento contra ese sistema democrático? ¿Dónde surgen las fuerzas profundas de la humillación histórica y el rencor como motor para la acción subversiva? No hubo humillaciones ni Chávez fue un resentido, no pudo serlo, no solo por el hecho de su vida amena, venturosa y tranquila; no pudo ser un resentido, porque si

[2] De dos matrimonios y tres amantes, resultaron seis hijos.

Chávez hubiera abrigado un rencor social enconado, no habría vivido la placidez de la Venezuela democrática, rica, equitativa y ciertamente horizontal. Tampoco, hubiera podido conocer el país, su gente, sus formas, sus manifestaciones como lo hizo. Chávez dominaba muy bien la idiosincrasia venezolana, porque el sistema-país, en general, lo trató como al mejor de sus ciudadanos. La conexión sicológica de Chávez con las masas fue posible por un puente de empatía general, puente inconstruible con una psiquis resentida. No padeció desprecio de clase, no hubo exclusión (fue oficial de las FF. AA.) y no sufrió discriminación (todos sus ascensos de rango corresponden a su edad en servicio militar activo). La pregunta sigue ¿por qué dividió a la nación venezolana? ¿Por qué instauró un proyecto revolucionario desintegrador en un país y una sociedad exitosa y medianamente compacta o, al menos, armónica?

La ideología: la respuesta es la formación política-ideológica, la inconformidad característica de la pequeña burguesía que persigue cambiar al mundo. Desde —en busca de una cosmovisión— la culpa cristiana en la doxa campesina (el pobre es bueno por antonomasia), pasando por los primeros referentes culturales-políticos de su pasado familiar agitador (su bisabuelo se fue con Zamora y su otro ancestro era Maisanta), la historiografía bolivariana de izquierda que opone la oligarquía paecista al proyecto *nuestroamericano* de Bolívar, así como ese Bolívar antiestadounidense de Pedro Ortega Díaz, y la historiografía de la Guerra Federal como una revolución social (de la escuela de Brito Figueroa), que compromete a esta oficialidad intelectualmente confundida y políticamente inquieta, a ver en lo militar una agencia de transformación; la cultura política epocal: revolución cubana, intelectuales y académicos —al igual que Chávez— viviendo los frutos de la democracia representativa en las universidades autónomas, pero conspirando contra un sistema aunque perfectible, abierto, con instituciones e infraestructura funcionales.

Pensamos entonces que Chávez no sufría resentimientos sociales como fuerza motora devenida de una humillación histórica, que su recreación política clasista provino de un ingente paquete ideológico de la cultura política del Ejército (nasserismo, perezjimenismo, torrijismo, velasquismo, bolivarianismo de izquierda), de la cultura política epocal (que ya mencionamos) y todo aquello sumergido en su imaginario íntimo de los ancestros montoneros zamoranos y el mismo Pedro Pérez Delgado «Maisanta», como una identidad familiar-regional (llanera), que vertida en un contexto cotidiano pequeño burgués, resulta en la logia militar MBR-200 (Movimiento Bolivariano Revolucionario) y sus planes antisistémicos.

Todo aquello son pinceladas de una suerte de brevísimo análisis histórico de las mentalidades de la época, no obstante, aquí es donde surge la intuición sobre una jugada sicológica: en su comprensión idiosincrásica de Venezuela. Chávez descubrió que el pueblo venezolano sí es un pueblo profundamente resentido, inoperante de sus recursos históricos (ahí falló de lleno el proyecto democrático desde 1958), sin conexión con la tradición y, por ende, con el futuro. Un pueblo que no contempló, jamás, los alcances del proyecto democrático, que prefirió —y prefiere—, en la mirada de Tocqueville, sacrificar su libertad existencial y política, en aras de la igualdad material. Una masa desorientada en la reflexión política y más dada a la reacción militarista, autoritaria, policial —en el sentido del poder—, que vio en Chávez un atajo para reacomodar sus insatisfacciones inmediatas, vengarse de una elite política circunstancial. Claro que, entre los errores del sistema que derribó Chávez, los medios de comunicación alentaron, en un principio, una falsa percepción de desorden y corrupción que solo un militar podía corregir. El pueblo venezolano era —o es— más militarista y autoritario que Chávez, quien solo orquestó la música que esperaba bailar esta sociedad golpista y arbitraria.

La ausencia de verdaderas elites (históricas, tradicionales, herederas) hicieron de una clase alta comerciante y empresarial, idéntico sujeto ahistórico e inoperante, como el mismo pueblo. A mediados del siglo xx petrolero, se enquistó una clase económica rentista, que no logró convertirse en una elite verdadera, pero que, dueña de diferentes medios de comunicación impresos y televisivos, acogió, como una fiesta de oportunidades, la propuesta disruptiva de Chávez. Grupos de poder y recursos auspiciaron la primera campaña, le proporcionaron aviones y medios al candidato de la «antipolítica», de la «antipartidocracia»; asimismo, intelectuales y académicos cayeron en el embelesamiento historicista de Chávez. Todo aquello se unió a la larga, disciplinada y metódica campaña de la izquierda habanera en Latinoamérica, que influía y resonaba en los claustros universitarios y gremios culturales desde los años sesenta.

Sin embargo, el acompañamiento de los medios de comunicación, el *affaire* intelectual y la oportunista asistencia de empresarios al proyecto de Chávez, no duró mucho más. Las fuerzas telúricas del resentimiento popular fueron la cadena de transmisión del proyecto chavista. Inocular sentimientos, invocar demonios, procurar un *shock* de la historia en el vértigo del futuro venezolano, fueron las tácticas sicológicas de Chávez sobre su base electoral, que más tarde se volvió su fuerza de choque. Chávez no fue un resentido, pero infundió magistralmente en el pueblo venezolano una animosidad y humillación histórica que ya corría por su torrente de imaginación política.

Asimismo, Chávez procuró asociaciones con sectores políticamente irritados de la sociedad venezolana; no solo con votantes, con la masa, sino con aquellos que disfrutaron menos del sistema anterior, y, por ello, guardaban un plan de desagravio con el primer redentor que lo propusiera.

Pedro Carmona, acaso, de los pocos venezolanos que logró ser en un momento específico de la historia un óbice real para Chávez, recuerda un encuentro en enero de 1999 con Teodoro Petkoff. A sabiendas de que Petkoff era un zorro viejo de la izquierda, Carmona le pidió su opinión sobre Chávez y de quienes lo acompañaban en la toma del poder, a lo que Petkoff le respondió: «Pedro, esa es una izquierda que tú no conoces, viene de los baúles del resentimiento. Estos que llegan al poder hoy, son como los borbones, que ni olvidan ni aprenden» (Carmona Estanga, 2021: e).

Chávez representó, para varias minorías, por ese exterior visible revolucionario no convencional, quizá, y hasta cierto punto, iconoclasta desde el imaginario de las formas tradicionales de hacer política, una alteridad a la costumbre. No obstante, se trataba de un hombre profundamente conservador y su movimiento político fue en esencia conservador, pacato y vigilante de las formas —a pesar de haber derruido el Estado histórico venezolano como proyecto esencial—. Un ejemplo: de cara a las minorías sexuales vulnerables, Chávez y el chavismo originario fueron intolerantes a su integración formal. Hasta su muerte, en 2013, ni siquiera se consideró sancionar, en la Asamblea Nacional chavista «roja rojita», una ley del matrimonio paritario, que nadie iba a objetar por considerarse una ley revolucionaria —cuando el chavismo gozaba mayoría absoluta en el parlamento— y que iba contra la Iglesia, por ejemplo, institución que su mayoría de miembros, y en casi todos los tiempos, rechazó la revolución chavista.

Respecto a lo anterior, en televisión le preguntaron a Chávez, como candidato a la presidencia en 1998, sobre la integración de los homosexuales a las FF. AA., a lo que respondió, sin vacilaciones: «[…] no creo conveniente que se acepte que los homosexuales vayan al Ejército por razones de tradición también. Los homosexuales tienen libertad para hacer otras cosas, pero en las FF. AA. creo que causarían problemas» (Chávez, 1998). Postura que mantuvo hasta el final.

Chávez pudo haber sido ser uno de los venezolanos del siglo xx que más disfrutó el país, como dijimos. Primero, gozó las mieles de la clase media de una nación petrolera próspera y adelantada, durante una solícita etapa de construcción modernizadora de sus instituciones, como las mismas FF. AA. Segundo, disfrutó a plenitud la cultura política democrática, los espacios de solaz de una sociedad que entonces era segura y placentera. Tercero, desde

los diecisiete años, vivió amparado por el Estado venezolano, jamás trabajó, usando estrictamente el término. Es decir, desde su ingreso a las FF. AA. no sufrió la incertidumbre de perder una oportunidad de empleo, de ser despedido o de ganar tan poco dinero como para no sobrevivir; inseguridades del hombre común. Cuarto, fue presidente, un pequeño rey que se regocijó en el poder. En cierto punto, un poder más grande que él mismo. Gozó un ciclo presidencial con reelecciones y reconfirmaciones de su mandato y de su liderazgo, donde, su palabra hablada, se traducía para el resto del país en una ley subjetiva. Todo esto, sin mencionar los descomunales acomodos materiales que adquirió para él, para su familia y para su círculo.

Aclaratoria metodológica

Afirmaba Wilhelm Dilthey que «solo la biografía es capaz de captar la voluntad de un hombre, en su desarrollo y destino». Hemos planteado un método híbrido entre el género biográfico, con herramientas de las ciencias políticas, del análisis del discurso y la historia política. La técnica narrativa varía entre el ensayo y el artículo académico, según la exigencia de cada parte del libro. La metodología pretende relacionar la vida política de Chávez como un proceso histórico-político venezolano; entender su vida íntima —antes y entre 1966, 1975, 1992 y 1999— como catalizadora de sus recuerdos, animosidades, afectos y decepciones hacia la escena pública y política de la nación. Por ende, veremos cómo Chávez marcó sus decisiones a partir de afectaciones íntimas que se tradujeron en consecuencias directas sobre los resultados políticos, económicos, sociales y culturales de Venezuela.

Chávez es en sí un fenómeno político analizable como expresión explicativa del pasado, del presente y del futuro inmediato venezolano. En consecuencia, citaremos y analizaremos un volumen importante de sus discursos políticos con los que traeremos la voz de Chávez al lector. Pretendiendo no abusar de este recurso, haremos hincapié en citar directamente su arenga para trasplantar buena parte de su espíritu político y de su retórica a esta biografía. Chávez, en gran medida, fue un hombre de discursos, no dejó prácticamente nada escrito y sus reflexiones asistidas por sus periodistas aliados, descafeínan la fuerza y la rareza de su verbo declamado hacia las masas.

Asimismo, reconstruiremos sus relatos autobiográficos en televisión y radio, alocuciones, disertaciones, diferentes tipos de extractos documentales transcritos por nosotros y por compiladores autorizados y oficiales,

la revisión de un grandísimo volumen de sus discursos, las biografías autorizadas y no autorizadas, las memorias y relatos de terceros, entre otros testimonios, permitirán también una suerte de prosopografía del chavismo y de su tiempo histórico.

Esta investigación, además, incumbe una sumersión profunda en la ideología chavista: *collage* ideológico de contradicciones y afectaciones políticas, modas y reacciones, donde irrumpen los maestros y los discípulos, la propaganda, la animadversión, el ensueño y la praxis. En algún punto, será una suerte de historia de las mentalidades del chavismo y parte de una historia intelectual también, donde veremos cómo el aparato cultural de la izquierda venía movilizando fuerzas profundas en un país estable y rico, donde, de pronto, en menos de una década (1992-1999), cualquier cosa podía pasar, como en efecto sucedió, imprevistamente, una revolución.

Combinando un seguimiento de procesos con análisis del discurso —político como laudatorio, y autobiográfico—, reconstruiremos un hilo biográfico-político a partir de sus intervenciones en incontables alocuciones y discursos; asimismo, funcionarán las entrevistas con periodistas e intelectuales cercanos —y no cercanos—. La prensa y los otros medios de información reforzarán el argumento nacional e internacional donde emerge el personaje, y la historiografía especializada del tiempo presente, reforzará el contexto de esta historia política de Venezuela y Chávez, o de Chávez y Venezuela, a veces como un solo caso de estudio, la Venezuela chavista. Hemos escogido entrevistar personajes que consideramos clave para interpretar alguno de los nudos gordianos del sujeto y sus circunstancias, como fueron, por ejemplo, los días de abril de 2002. Uniremos el método histórico para la contextualización epocal: como ya hemos anotado, una especie de prosopografía del chavismo como movimiento político de gran aliento, cognición social y el espíritu de un tiempo.

No habrá prurito sobre el riesgo de manipulación de la fuente de origen, del relato autobiográfico —por el mismo Chávez en discursos y entrevistas—, porque, precisamente, tratándose de una biografía política, la misma recreación mítica de sus orígenes y devenir —en la primera parte del libro—, es parte de la autoconstrucción política de Chávez, irreprochable fuente de sicología política para los fines de esta investigación que, por lo demás, será contextualizada y contrastada.

Especialmente la autoconstrucción del Chávez rural, del pueblo llanero, orogénesis de un signo político nuevo en Venezuela: el presidente de origen llanero y del piedemonte andino. De ahí puede que haya surgido un nuevo imaginario político venezolano, que, aunque nunca fue el país de viejas eli-

tes tradicionales en el poder, sí es la Venezuela de nuevas caracterizaciones del poder en las clases bajas.

El Chávez que conspira, que coopta seguidores, que se reúne, que disimula, es parte de esta combinación de métodos: el relato de la autoconstrucción del rebelde y gran estratega, infinitamente moral, se contrasta con otras fuentes que lo exponen como un sedicioso pragmático y conspirador suertudo. Al mismo tiempo, el país que conspira se une a la biografía de un movimiento subversivo, para comprender el sistema de aliados y cómplices en una especie de algoritmo del golpismo.

La vida de Chávez nos explicará también las debilidades del sistema democrático, sus miedos y su agonía; el desasosiego que sufrió el sistema, así como la sociedad política de 1992, para condenar con el peso de la ley las acciones golpistas, el escrúpulo del castigo y las prerrogativas de la prisión de los rebeldes, será un relato para comprender la complicidad, la zozobra y la incertidumbre de un sistema político que prefirió morir sonriendo, que matarse en la batalla por sus principios democráticos y republicanos.

La segunda parte del libro tendrá su centro gravitacional en los discursos políticos y alocuciones —de radio y televisión— de Chávez, en el contexto de la historia política de la revolución chavista para abordar sus victorias y sus crisis, cómo las cobró y cómo las superó. Penetraremos la política exterior de Chávez —desde el foco biográfico—, y su visión, entre otras cosas, del tema petrolero —la (de)construcción del modelo petrolero venezolano— y el desmantelamiento del Estado histórico venezolano, como su mayor objetivo de largo plazo.

Todo ello irá en el ritmo de un libro biográfico, de la vida política de Chávez y la contemporaneidad venezolana, reconocida en cada etapa de la revolución chavista. Lo anterior describe un trabajo metodológico híbrido, que al mismo tiempo se torna libre en la medida que lo permite un ensayo biográfico político, para amenizar esta lectura al gran público, así como ahondar lo suficiente en esta era y en este hombre, para que venezolanólogos de todo el mundo tengan un acercamiento documentado sobre un personaje clave del siglo XXI venezolano que, por lo demás, tuvo una fuerte influencia regional.

PRIMERA PARTE
¿CUÁNDO NACE EL ANIMAL POLÍTICO?

CAPÍTULO I
EL CORRELATO LLANERO

Hay un capítulo histórico de Venezuela para comprender la reinterpretación de Chávez del pasado venezolano, como justificante de su irrupción en la política, el porqué y el cómo de la revancha popular contra oligarquías criollas. Ese capítulo es la Guerra Federal (1859-1863). Por un lado, es una guerra que se paraliza en el tiempo, no se extiende. Es una inmovilización táctica —forzada por el desgaste— de los dos bandos confrontados (liberales federales contra el gobierno conservador). Esta paralización conduce a los rebeldes a cometer acciones bandoleras y de guerra de guerrillas, sobre todo en los Llanos. El epicentro de la guerra, así como sus personajes principales, son los Llanos y los llaneros. Es una guerra de asolación territorial, sobre todo, contra antiguas haciendas y grandes estancias ganaderas. Ezequiel Zamora, general de la Guerra Federal, es un héroe de la expropiación y del incendio. Semejante en la configuración que más distingue a la nomenclatura chavista: la contradicción. Zamora era un comerciante próspero, casado con la hija de uno de los presidentes venezolanos posteriores de la guerra, Juan Crisóstomo Falcón. Zamora, quien reclamó al tesoro de la nación que se le pagara por los esclavos que perdió tras la abolición de la esclavitud en 1854, inspiró la consigna de su guerra: «Tierras y hombres libres». Es decir, una perfecta representación de las contradicciones, general de una guerra contra la oligarquía criolla, siendo un personaje parecido al estamento que combatía. Blanquísimo, de ojos azules, pulpero, comerciante, emparentado con la elite política del momento, y antiguo propietario de esclavos.

Chávez para narrar su infancia recreó —autoconstruyó— un hogar humilde, campesino, en el pueblo de Sabaneta de Barinas. Techo de paja, piso de tierra, una cama de gomaespuma y paja. Difícil de creer, pues era hijo

de dos profesores de educación media, vinculados a un partido del *statu quo*, Copei, el más afín a la centroderecha conservadora de entonces. De hecho, su padre, Hugo de los Reyes Chávez, llegó a ser director estadal de educación del estado Barinas durante la presidencia del copeyano Luis Herrera Campins (1979-1984), un alto cargo del magisterio a nivel regional. Asimismo, tenía una finca de ganado vacuno y porcino, La Chavera, que, al menos, desde la década de los años ochenta, ya se referencia como propiedad de los Chávez. Sin embargo, Chávez narraba un origen pobrísimo y rural, donde una mítica matrona, su abuela paterna Rosinés, fue quien le enseñó leer y escribir y le relató sobre sus raíces telúricas: un «tal Zamora» que se llevó a su abuelo Chávez a la guerra, para no volver jamás. Así, otro prohombre de la insurrección: su bisabuelo —recordaba Chávez— «Pedro Pérez Delgado, quien también tuvo dos muchachos con Claudina Infante», ancestros por el lado de las «abuelas Frías». Chávez, en 1982, tenía 28 años, todavía visitaba, en el pueblo Villa de Cura, a su tía abuela Ana, hija de Pedro Pérez Delgado «Maisanta». Tenemos pues que, por ambos lados, el paterno y el materno, según el relato histórico-familiar de Chávez, había vínculos con la historia de las luchas contra el *establishment* político venezolano: el tatarabuelo que se fue con las tropas federales de Ezequiel Zamora, y el bisabuelo, Pedro Pérez Delgado, guerrillero antigomecista llamado «Madre-santa» —como exclamación—, *Maisanta* (Oramas y Legañoa, 2012: 6).

Pedro Pérez Delgado, Maisanta (1888-1894), se unió a los 16 años a José Manuel Hernández, «el Mocho», en el contexto de la «Revolución de Queipa», contra el presidente Joaquín Crespo. Participó en la acción militar de la «Carmelera» donde fue herido de muerte el entonces presidente Crespo (1898). Maisanta se asentó en Sabaneta de Barinas, donde, seguramente, se relaciona con los ancestros de Chávez. Maisanta también participó en la «Revolución Libertadora» contra el caudillo andino Cipriano Castro —que Chávez reivindicaba como un precursor antiimperialista— y más tarde contra el segundo de Castro, ahora en el poder, Juan Vicente Gómez, dictador con quien, junto con Cipriano Castro, comienza el ciclo de presidentes andinos hasta finales de los años cincuenta del siglo xx. Maisanta tomó, junto al otro mítico general, Emilio Arévalo Cedeño, San Fernando de Atabapo y fusiló al cacique gomecista local, Tomás Funes en 1921. Maisanta muere pocos años después en las mazmorras del castillo Libertador de Puerto Cabello.

Maisanta fue un guerrero díscolo y de montoneras, pero pasó, por el lápiz de poetas e historiadores, al repertorio de los rebeldes venezolanos.

Sin embargo, para Chávez fue un descargo existencial comprobar por medio del historiador José León Tapia, que su antepasado Maisanta, no era un bandolero asesino, sino más bien una suerte de guerrero: en 1999, recién electo presidente, estaba Chávez en Barinas con José Vicente Rangel y con Luis Miquilena, cuando le confesó al historiador Tapia «La verdad, verdad, doctor, si usted no hubiese escrito ese libro yo jamás me habría alzado» (Zapata, 2000: 45).

Chávez utilizó la simbología de ese nexo con un pasado infaliblemente legendario, hasta los límites del mito. Durante sus primeros días de prisión, en una de tantas visitas familiares, sus padres y hermanos fueron a verlo junto con un primo, Gilberto Lombano Domínguez, quien interrumpió la compungida visita familiar, para conversar, dramáticamente, sobre el pasado rebelde de la familia, especialmente de Maisanta: «Tras recordar ese pasado de sangre y familia que nos unía —relata Chávez en un discurso— Gilberto sacó de su bolsillo una bolsa muy pequeña. Era el escapulario que tenía la Virgen del Socorro, con la cruz de espadas y los laureles de la victoria. Se lo había cosido la madre de Maisanta (…) Entonces Gilberto se dirigió hacia mí y me pidió que bajara la cabeza —Primo, le impongo el escapulario de Maisanta. Él acaba de reencarnar en usted» (Placer, 2020: 52-53). Los más allegados de Chávez coinciden, en varios testimonios, que nunca se quitaba la reliquia de encima.

Chávez siempre tuvo un brillante sentido de la oportunidad ante los medios de comunicación. En una entrevista que concedió pocos meses después del golpe de Estado del 4 de febrero de 1992 (Rangel, 2016, 47), habló del escapulario de Maisanta, pero tuvo sumo cuidado con la audiencia, pues reafirmó dos elementos: su catolicismo, ciertamente conservador, jamás se refirió al «escapulario de Maisanta» como tal, pues sonaría esotérico, ocultista; y al mismo tiempo, expuso al escapulario del general Pedro Pérez Delgado —no de Maisanta— para reafirmar su linaje militar formal, institucional, menos relacionado con un Maisanta apenas conocido como un feroz partisano o anárquico montonero. Maisanta llegó al gran público venezolano cuando el propio Chávez lo decidió, ya envestido de poder e identificando en su discurso, cualquier forma de guerrilla revolucionaria afín a su propia historia.

Así pues, bautizó su comando de campaña y propaganda, para enfrentar el referéndum revocatorio de 2004 (donde se votó *sí* o *no* por la revocación de su mandato presidencial) como el «Comando Maisanta», el 9 de junio de 2004, en el Teatro Municipal de Caracas. Este comité electoral sería de los más complejos en su infraestructura operativa, propagandística

y de redes de votantes, una maquinaria electoral como nunca antes se había visto en Venezuela; una «campaña no convencional» que se transformó en el modelo para todas las demás. Una de las jugadas de legitimación política mejor planificadas de su gobierno. El comando Maisanta lo lideró el mismo Chávez, y su directorio estaba conformado por los adeptos más cercanos a él[3]. En el madurato sobrevive menos de la mitad de la lista del comando.

La madre de la abuela de Chávez, Rosinés Chávez, era afrodescendiente, reconocida —por vecinos y trovadores— en el pueblo de Sabaneta como la «Negra Inés». Chávez la ubicaba como hija de un africano del grupo étnico mandinga. El padre de la abuela Rosinés, marido de la Negra Inés, era italiano. En una relación de concubinato temporal, nació la mítica matrona Chávez. Sin embargo, interesa la reafirmación de Chávez acerca de su africanidad, «Así que yo termino siendo un Mandinga» (Oramas y Legañoa, 2012: 9). Este elemento es otro hecho comprobatorio de la autoconstrucción de signos en su imagen política: proviene de llaneros federados, insurgentes y africanos, toda una simbología, no solo para conectar con el imaginario popular mestizo, sino también con una conformación, naturalmente establecida, para revelarse contra cualquier orden de clase, estamental, racial y de poder. Peculiaridades étnico-identitarias que la obtusa oposición venezolana, atacaba, sin comprender, que era una poderosa herramienta semiótica la cual, al ser agredida, reafirmaba su objetivo de lucha.

Su abuela, Rosinés Chávez, fue una referencia constante en las rememoraciones de su infancia, narradas en casi cualquier ámbito: grandes mítines, entrevistas, cumbres internacionales y, especialmente, en su programa radiotelevisado *Aló Presiente*. Rosinés fue el puente mítico de Bifröst por donde Chávez iba y venía de Midgard y Asgard. Estas añoranzas eran más dirigidas hacia su audiencia local —aunque rebotaban en audiencias más amplias que se identificaron con estas vetas humildes autodescriptivas— como esta crónica en su *Aló Presiente*, número 120:

> (…) el mes de octubre, el 7 de octubre es la patrona la Virgen del Rosario patrona de Sabaneta de Barinas (…) entonces yo fui monaguillo y me encantaba encaramarme arriba a tocar las campanas de la iglesia a las fiestas patronales (…) también era el mes de vender más arañas[4]. Porque yo

[3] Jorge Giordani, Haiman El Troudi, Nelson Merentes, Diosdado Cabello, Rafael Ramírez, William Lara, Tania D'Amelio, William Izarra, Samuel Moncada, Mari Pili Hernández, Simón Pestana y Jesse Chacón.

[4] Arañas es un dulce de los llanos venezolanos, elaborado a partir de la lechosa o papaya.

> vendía un promedio de veinte arañas diarias, era una microempresa y la propietaria de esa microempresa, Rosinés Chávez, a quien Dios tenga en su gloria, y yo era un junto con ella y mi hermano Adán que me ayudaba (Chávez, 2002a).

La experiencia de Chávez como monaguillo (1962-1963), en la iglesia de Sabaneta de Barinas, fue orientada por un sacerdote español que Chávez recordaría muy severo y por igual, muy justo, quien le propició numerosas lecturas, y por quien surgió también, parte de su formación católica (Chávez, 2007c). Además del antaño monaguillo, y su socio Adán en la microempresa de dulces araña, Chávez narraba que Rosinés había descubierto en el —ahora— soldado Chávez, una vocación diferente a la castrense: «Huguito, usted sálgase de ahí, usted no sirve para eso», en referencia a su vocación hacia la lectura y la escritura. Su primer encuentro con los saberes fue a través de la enciclopedia Quillet, que su padre trajo en un viaje de Caracas, viaje que coincidió con el terremoto de 1967. Al parecer, Chávez desde temprano, según lo contó en algún momento, tenía una vocación hacia las humanidades y las ciencias sociales: «llegué un día a la casa con otros cadetes; nos sentamos ahí y yo puse a Alí Primera: 'Soldado, vuelca el fusil contra el oligarca'…». Era la casa de la abuela Rosinés, y la anciana escuchó la sesión de música que el teniente Chávez había hecho escuchar a sus cadetes, y replicó que el nieto era «muy disposicionero», una expresión para señalar a alguien muy inquieto (Oramas y Legañoa, 2012: 6-7, 16).

Acaso la sesión musical de Alí Primera se trate de una invención posterior de Chávez para ir autoconstruyendo, desde su primera juventud, a un hombre de izquierda. Si hacemos una inferencia lógica, podemos deducir que se trataba de un artificio en su autoinvención, por varias razones. Alí Primera fue un cantor no-popular, es decir, su repertorio era de canciones de protesta, de izquierda revolucionaria, sobre la base de ritmos folklóricos venezolanos (variaciones y mezclas de golpe tocuyano, polo margariteño, galerón, torbellino llanero, gaita zuliana y tambores), pero su audiencia no era el pueblo, era una audiencia más bien culta, pequeñoburguesa, universitaria de izquierda y cosmopolita. El pueblo bebía de los ritmos que inspiraban a Alí Primera, de las fuentes originarias —no de él—, sobre todo canciones «llaneras», composición de arpa, cuatro y maracas, que desde los años cincuenta se hizo nacional, por un proyecto cultural y político de la dictadura de entonces, que «llanerizó» a Venezuela, para adelantarse al mismo proyecto identitario que ya había emprendido el partido adversario Acción Democrática una década atrás. Empero, Chávez era un llanero

genuino, en toda su complexión física y mental, por lo que su música era esa, la llanera, no la de Alí Primera, más intelectual, burguesa, e incluso, experimental.

Por otro lado, la abuela Rosinés Chávez murió el 2 de enero de 1982, por ende, si aquella visión del teniente Chávez ideologizando a sus cadetes en Sabaneta de Barinas con la música de Alí Primera, en casa de Rosinés, era verdad, tuvo que ser antes de 1982, cuando Alí Primera vivía su fama apenas dentro de un selecto circuito cultural de la izquierda, circuito que difícilmente permeaba dentro del ejército venezolano, no porque este fuera necesariamente reaccionario, sino porque aquel era de la izquierda comunista venezolana, elitista y académica. Tras la muerte del cantor Primera, en 1985, acaso su música se dio a conocer un poco más, pero seguía encerrada en los muros del auditorio universitario.

Fue, durante el gobierno de Chávez, que las canciones de Alí Primera se masificaron. El repertorio musical de este icónico cantor de izquierda llegó a Chávez, en un sentido que explica parte de su dieta ideológica antes de alcanzar el poder: dio el golpe de Estado fallido en 1992 y fue condenado a prisión. Ahí, en la cárcel de Yare, entre los peregrinos que iban a visitarlo, rondaban académicos de la izquierda universitaria como Carlos Lanz, quienes le mostraron las canciones de Alí Primera. Durante la campaña inaugural presidencial de 1998-1999, le sugirieron la discografía de este cantor como acompañamiento de la empresa electoral. El pueblo en masas de Chávez no tenía mucha idea de las canciones que, supuestamente, el ahora presidente, escuchaba con sus cadetes en casa de Rosinés. El Chávez presidente concibió entonces, que las letras subversivas de Alí Primera iban con su proyecto político-folk. El denominado «canto panfletario» de este artista, estaba profundamente ideologizado, y fue conveniente para el catecismo revolucionario que Chávez quería impartir hacia sus grandes multitudes electorales, más conformes con el vallenato colombiano, la música llanera y el naciente reguetón.

Chávez le escribió a su abuela Rosinés «la sonrisa alegre de tu rostro ausente llenará de luces este llano caliente; y un gran cabalgar saldrá de repente y vendrán los federales, con Zamora al frente, y las guerrillas de Maisanta, con toda su gente, y el catire Páez», todos referentes de su primera conformación político-ideológica: Zamora como héroe de la Guerra Federal, su bisabuelo Maisanta y el *catire* Páez. Este último, el general José Antonio Páez, sufrió, en el viaje ideológico de Chávez, un auge (como queda escrito en el poema) y una caída, pues entró en la espiral historiográfica de la izquierda tradicional venezolana como el hombre de la oligarquía

criolla que traicionó el sueño de Bolívar. Sin embargo, es notable el hecho de que en este responso a Rosinés (seguramente muy póstumo) todas las figuras históricas fueran referentes llaneros, los federales, Zamora y Páez: el llano en llamas de Chávez.

Fernando Ochoa Antich, ministro de la defensa cuando se dio la intentona golpista del 4 de febrero de 1992, recuerda haber visto un pelotón comandando por el entonces cadete Chávez, entonando una canción que le suscitó curiosidad: «Una vez vi a su pelotón cantar una canción que me llamó la atención, pero no le di mayor importancia. Cantaban el *Himno de la Federación*, que dice: 'El cielo está nublado anunciando tempestad, oligarcas temblad, viva la libertad'. Ahora sí le doy importancia» (García, 2017). A Chávez le decían *Furia*, porque siempre quería ir cantando a la cabeza del pelotón, y una de sus canciones preferidas tenía el estribillo de «Furia era un caballo» (Pineda, 2003: 29).

Igualmente existe en este correlato llanero subversivo, un general llamado Cara de Cuchillo, según relata Chávez, que le contó Rosinés: «pasó por Sabaneta [Cara de Cuchillo] un día, en el mes de mayo de 1859, gritando: 'Tierras y hombres libres', 'elecciones populares' y 'horror a la oligarquía'», mantra de agitación política y *modus operandi* durante la segunda etapa chavista, después de 2002 (Oramas y Legañoa, 2012: 52).

En este germinar político no todo fue ficción, había unos pilares objetivamente fundacionales en él. Marcos Pérez Jiménez, el último dictador andino, fue una pieza cardinal en el proyecto chavista de clase media. Tanto en Chávez, como en la clase media que lo acompañó electoralmente, Pérez Jiménez jugó un papel simbólico notable. Si el tenientismo latinoamericano, de la década de los años 50, vio como un paradigma de nacionalismo populista militarista a Gamal Nasser (Catraiao, 2018: 93 y Trias, 1978: 28-39), la promoción civil y militar venezolana, de los años ochenta, guardó la misma admiración por el último dictador andino. Una fortísima propaganda, tanto eficiente como superficial, sobre la «Venezuela de Pérez Jiménez», construyó una cultura política pérezjimenista en la clase media, estrato que vio en Chávez una posibilidad de retorno al supuesto sistema de orden y progreso de la década militar, entre 1952 y 1958 (Cardozo, 2009).

A Chávez lo marcó una vivencia en Perú como cadete militar. Durante la presidencia de Juan Velasco Alvarado en 1974, junto con nueve compañeros de la Academia Militar, presenció la revolución peruana, y llegó a conocer a Velasco Alvarado. Cursaba su último año de formación militar cuando viajó a Lima y presenció la conmemoración de los 160 años de la Batalla de Ayacucho. Ahí tuvieron que cruzarse muchos sentimientos

políticos atados a su historicismo, la batalla final de la Guerra de Independencia, en pleno fervor del velasquismo: «el manifiesto revolucionario, los discursos de aquel hombre, el Plan Inca, me los leí durante años (…) en aquel viaje, conversé sobre todo con la juventud militar peruana, allí entre las muchachas, la fiesta, el desfile de Ayacucho» (Harnecker, 2002: 13).

En otra medida, el nacionalismo de Torrijos calaba perfecto: el militar que aprovechó el flaco momento estadounidense durante la presidencia de Jimmy Carter, para lograr nada menos que la hoja de ruta de la nacionalización del Canal de Panamá. Con Omar Torrijos hubo una experiencia diferente, menos doctrinaria (¿qué tanto se le puede sacar al pensamiento de Torrijos?), más vivencial. A la Academia Militar llegó el hijo de Torrijos entre 1971 y 1973, quien se hizo amigo de Chávez a través del béisbol. El padre del aspirante panameño todavía era presidente de Panamá. Chávez alude que Panamá no tenía ni Escuela Militar, por ende, el hijo del presidente se estaba formando en Venezuela. El muchacho le obsequió —pedido por Chávez— libros y escritos sobre el papá, fotografías, discursos (Harnecker, 2002: 11). Esa vivencia, ciertamente íntima, acercó a Chávez a Omar Torrijos. Empero, sin duda, Juan Velasco Alvarado marcó una impronta tremenda, más que Torrijos, para la primigenia ideología nacionalista de Chávez. Estos dos encuentros cercanos con Velasco y Torrijos, fueron más sugerentes que cualquier panfleto de izquierda durante este primer ciclo de introspección política en Chávez.

Chávez fue un peregrino perezjimenista. Tras el golpe fallido y su indulto posterior, visitó en Madrid al anciano dictador. Este le dijo que veía en Chávez el sueño que él no pudo completar. Chávez propuso en 1998 el regreso de Marcos Pérez Jiménez a Venezuela. Pérez Jiménez desde 1968 vivió el destierro en Madrid, hasta su muerte en 2001. Fue inhabilitado en 1973 por pretender la candidatura presidencial.

En 2010, en su programa dominical *Aló Presidente* Chávez dijo enfáticamente: «Yo creo que el general Pérez Jiménez fue el mejor presidente que tuvo Venezuela en mucho tiempo (...) mejor que Rómulo Betancourt, fue mejor que toditos ellos» (*El Universal*, 2013). Luego se fue por todos los lugares comunes acerca del personaje: sus obras monumentales y sobre el hecho de que era odiado por los políticos de Acción Democrática.

Chávez también frecuentaba la residencia de Hugo Trejo, aviador merideño que quiso adelantar el golpe contra Pérez Jiménez, el 1 de enero de 1958: «El día primero me voy a visitar a mi coronel Hugo Trejo en Macuto. Él tenía una casita allí; ese fue como otro padre mío, orientador, el gran líder militar de los años 50» (Oramas y Legañoa, 2012: 7). Chávez dijo que en ese año de 1982 ya estaba «comprometido con la revolución», y el coronel Trejo (Chávez lo ascen-

dió *post mortem* a general del ejército en 2008), segundo padre, orientador, según sus palabras, lo recibía en su casa de Macuto, pueblo cercano al puerto de La Guaira. Chávez era subteniente, muy joven, cuando conoció a Trejo: «me enseñó mucho a conspirar, me enseñó a ser soldado patriota. Ya yo lo era, pero él me amasó, ayudó en amasarme» (Oramas y Legañoa, 2012: 81).

Sin embargo, Hugo Trejo fue un hombre conservador, cofrade de San Francisco por tres décadas, profundamente católico ¿a qué revolución hacía referencia Chávez a principios de los años 80? Se refiere a la conspiración militar, no a una revolución izquierdista todavía. Las ideas de revolución de Chávez, aunque nunca lo explicó —o confesó— distaron radicalmente unas de otras. Sobre las primeras, acaso las que podía discutir con Hugo Trejo, trataban de un alzamiento militar en contra de un sistema democrático corrupto. Versaban sobre la lucha del sector militar venezolano por mayor reconocimiento político (Ceresole, 2000; Bigler, 1982). Un Chávez intranquilo por el contexto del subdesarrollo venezolano, dispuesto a articular un movimiento militar que participara en las decisiones nacionales, relegadas a una elite política civil, por ende, inútil (Agüero, 1995).

El Plan Educativo Integral Militar para las escuelas de Formación de Oficiales de la Academia Militar se denominó «Andrés Bello», y fue aplicado desde 1971. Se trató de la segunda gran reforma educativa en las FF. AA. Esta se relaciona con la estrategia política del primer mandato del presidente Rafael Caldera (1969-1974), de buscar la negociación y la paz del conflicto con la lucha armada guerrillera. Los oficiales de la promoción de Chávez estuvieron influenciados por un régimen de formación militar diferente a los anteriores, más «humanista» y politológico, y menos técnico-militar, en términos curriculares. Con sorna se referían a esa promoción como la de los licenciados.

Otra idea de revolución en Chávez, podríamos decir como una segunda etapa de gestación de ideas insurgentes, es cuando creyó estar llamado para una misión histórica con el pueblo venezolano (Herrera 2004; Dieterich 2004), y la doctrina bolivariana (historicista, ideologizada, mesiánica y milenarista) expresada en él, condujo a las FF. AA. hacia una nueva socialización, aproximándose al pueblo abandonado por los soldados ¿Cuál de las dos ideas discutía con el coronel Trejo? Pensamos que la primera. El debate sobre las cofradías militares en los años 80, que se gestaron en el seno del ejército y el papel de Chávez en ellas, lo abordaremos más tarde.

En el Llano de Chávez ocurren sus primeras motivaciones políticas. Las primeras originadas por la curiosidad que despierta su abuela como puente

mítico con antepasados subversivos. La segunda, la impronta del paisaje y la historia: Ezequiel Zamora en las llanuras, Pedro Pérez Delgado en la histórica hacienda La Marqueseña. Fundo que obsesionó a Chávez desde esa temprana juventud hasta su proyecto de reforma agraria como presidente. La Marqueseña representaba todo lo que Chávez entendió sobre oligarquía, latifundio y revolución campesina. Su afanada retórica de expropiación comenzó con esa hacienda que había sido confiscada a su ancestro por el mismo gobierno gomecista (Ramonet, 2013).

La relación física con La Marqueseña comenzó durante su primera tarea profesional en el Ejército, cuando siendo subteniente lo enviaron a custodiar unos equipos militares de comunicaciones en un teatro de operaciones antisubversivas: «Por cierto, el primer cargo de comando que yo tuve, de subteniente, en 1975, fue aquí [en La Marqueseña]. Llegué al Batallón de Cazadores Cedeño y me mandaron aquí». Chávez creía que en aquel lugar estaban enterrados facciosos desaparecidos en acción, como el «bachiller Rodríguez», figura local de la guerrilla. Asimismo, daba cuenta de sus primeras lecturas ideológicas por la vía de un excéntrico suceso: «Aquí conseguí un carro un día entre el monte, un Mercedes Benz negro. Lo limpiamos, abrimos el maletero con un destornillador y conseguí un poco de libros de Marx, de Lenin; conseguí este libro por allá, lo leí aquí: *Tiempo de Ezequiel Zamora*, de ese gran revolucionario Federico Brito Figueroa» (Oramas y Legañoa, 2012: 52). Sin embargo, su relación espiritual o histórica con La Marqueseña se inició junto con su culto personal de su ancestro Maisanta, a quien Juan Vicente Gómez le arrebató las tierras de esa finca como castigo por ser partidario de Cipriano Castro. El mismo Chávez, en un discurso, contará que las fuerzas gomecistas «Le quitaron la finca La Marqueseña de historias de guerrillas y de luchas. Me contaba mi abuelo que llegaron machete en mano, quemaron ranchos y le confiscaron todas las propiedades que pasaron al gobierno ¿Se dan cuenta del atropello?» (Placer, 2020: 52). Paradójicamente, el mismo Chávez cometería atropellos idénticos sobre cientos de propietarios agrícolas venezolanos.

Aquella anécdota del Mercedes Benz, cercano al realismo mágico, indica primero su afán por la autoconstrucción del hombre de izquierda, relacionándose con el marxismo, al menos, desde 1975. Este hecho intelectual es improbable porque se contradice con otros elementos analizados, como su primera idea de revolución, que en esencia era de conspiración militar nacionalista. Lo zamorano como ideología es factible. Aquella primigenia idea de la justicia campesina, del reparto de las tierras, y la lucha contra la oligarquía. El discurso del liberalismo amarillo radical.

La versión de Chávez, de que en ese destino patrullaba en la busca de actividades antisubversivas, la desmintió filosamente un compañero de promoción, cuando argumentó, con coherencia, que un oficial de comunicaciones no patrullaba, pues su tarea —llevar las comunicaciones— estaba precisamente en el puesto de comando: «lejos, arriba, donde están los jefes y comandantes» (Pineda, 2003: 36).

Otro indicio de primarias inquietudes ideológicas, como suerte de proceso de ideologización subliminal, puede comprenderse en la amistad de Adán Chávez con los hermanos Wladimir «Popeye» Ruiz (4 años mayor que Chávez) y Federico «Cocoliso» Ruiz (contemporáneo), cuyo padre acercó a los hermanos Chávez —sobre todo a Adán— a una biblioteca donde posiblemente se dieron las primeras tertulias ideológicas de los Chávez. El padre de Wladimir «Popeye» Ruiz fue José Esteban Ruiz Guevara, historiador diletante de Barinas. Miembro del Partido Comunista de Venezuela (PCV), guerrillero de las FF. AA. de Liberación Nacional, el bloque militar que conformó el PCV en 1962 y que más adelante se unió al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Entre los años de 1966 y 1967 Chávez vivía en la ciudad de Barinas, ya había visitado, junto con Adán y con sus amigos Wladimir y Federico Ruiz, la casa del historiador. Estudiaban el bachillerato en el liceo Daniel Florencio O'Leary.

Chávez se mudó con su abuela y su hermano Adán a Barinas, antes que lo hicieran sus padres. Dejaron la bucólica Sabaneta por la insistencia educativa del patriarca Chávez, valor, por cierto, tan distintivo de la clase media. En Sabaneta no había educación de tercer ciclo de bachillerato. La nueva casa quedaba en la avenida Carabobo de la urbanización Juan Antonio Rodríguez Domínguez. Urbanización promovida por el Banco Obrero, como buena parte de los desarrollos habitacionales auspiciados por el gobierno democrático «puntofijista» para la clase media venezolana de la época. La casa de los Chávez estaba muy cerca de la casa de los hermanos Ruiz, la vecindad propició la cercanía con Ruiz Guevara, revoltoso, inquieto y aficionado a la historia.

En un ejercicio prosopográfico se podrían inferir varios elementos: José Esteban Ruiz Guevara fue miembro activo de las FALN, una vez herido en la lucha armada se dio de baja y regresó a Barinas. Sus hijos, compañeros de liceo y de béisbol de los Chávez, hicieron amistad, y situaron el lugar de reunión en las adyacencias de aquella casa, la plaza al frente, así como la biblioteca de los Ruiz, donde se dieron tertulias según afirman varios testimonios. Esta amistad prolifera durante el primer año de bachillerato de Chávez, *circa* 1967, año cercano a la Paz Democrática (1968), es decir, Ruiz Guevara estaba

recientemente ido de la refriega, su fulgor ideológico ha debido estar en su máxima expresión y el país (por la misma Paz Democrática) otorgó mejores garantías para esa expresividad ideológica que se anidó en universidades y centros culturales; la casa de Ruiz Guevara no era ni una ni otro, pero funcionó igual, en la intimidad de la tertulia. No obstante, al parecer, polinizar las primeras ideas de izquierda revolucionaria en un adolescente de 12 o 13 años es más complicado que hacerlo en un joven de 15 o 17 años, no es el mismo proceso. Adán a los 16 años se inscribió en el MIR, como le confiesa a Allan Woods en una entrevista en 2005 (Woods, 2005).

Ruiz Guevara asegura que cuando Chávez entró en el Ejército no lo hizo catequizado por la ideología marxista-leninista, no se «infiltró» en las FF. AA. como un cuadro de la izquierda (tesis sostenida por muchos): «el Partido Comunista no influyó en eso» asevera Ruiz Guevara. Chávez en diferentes entrevistas dijo que vivió esa primera juventud con los hermanos Ruiz Tirado, y que, en todo caso, el mayor, Wladimir «Popeye» hizo, un poco, las de «orientador político», pero no mucho más.

Wladimir y su padre sí aseguraban que los textos que más revisaba Chávez en aquella biblioteca de Barinas, eran los de Bolívar y Zamora. En las tertulias, su interés se afincaba en que el viejo historiador disertara sobre El Libertador, ajando el marxismo y el leninismo como añadiduras, a pesar que los padres Chávez-Frías, a los pocos días del 4 de febrero de 1992, salieron por toda Barinas a maldecir a Ruiz Guevara por haber «metido su hijo a comunista», por lo que Chávez cayó preso y perdió su carrera (Marcano y Barrera, 2013: 106).

Decíamos que la Guerra Federal y la tesis radical del liberalismo amarillo sí que causaron un efecto en Chávez. Un personaje que en particular destacaba Ruiz Guevara, durante los convites intelectuales con sus hijos y los Chávez, fue Napoleón Sebastián Arteaga, barinés e ideólogo del proyecto liberal de los federales durante la guerra entre 1840-1850.

Sin embargo, a esta evidente fuente de resabio ideológico que Chávez pudo haber usufructuado en su autoconstrucción de hombre de izquierda desde adolescente, prefirió respetar los testimonios de los Ruiz Tirado, y más bien optó por otros elementos que se acoplasen mejor a la idea de una formación individual, de un descubrimiento íntimo sin influencias ajenas a su carácter político (a menos que fueran míticas como Maisanta, o pseudo legendarias como Hugo Trejo, o la memoria del apretón de manos al presidente peruano Velasco Alvarado), a su intimismo social, paisajístico y de epopeyas lejanas. Chávez prefirió vender su transportación hacia la izquierda como una revelación propia y, sobre todo, se pudo transformar en una

situación relativamente forjada, falseada, de cara a una audiencia mundial. Dependiendo del momento, del foro, del entrevistador, de la audiencia, del lugar, enfatizaba más unos elementos que otros, y no de manera indistinta. La autoconstrucción de un Chávez de izquierda es posterior y cuidadosa.

En Barinas, relataba Chávez, alguna vez detuvieron a su padre «por guerrillero». También aclaró que realmente su padre se encontraba de juerga por el pueblo barinés de Barrancas, con su compadre Juan Guédez, sin embargo, fue detenido bajo la sospecha de actividades subversivas. Aquel estribillo de su anécdota le funciona como fabulación ideológica y política de las FF. AA. de antes, con las de ahora: «Cuando aquí la Fuerza Armada era otra cosa, cuando fue utilizada por la oligarquía venezolana, por aquellos gobiernos traidores subordinados al imperialismo» (Oramas y Legañoa, 2012: 53). Esa «otra cosa» no es nada menos que el proyecto chavista de desintegración de las FF. AA., de infiltración e implosión de fuerzas civiles ideológicas en su seno, para desarticularla como un cuerpo profesional. Ese proyecto lo dejó ver en varias ocasiones, como durante un *Aló Presidente* a comienzos de 2002, en la ciudad de Barquisimeto, al decir «…el escualidismo[5] ilustrado, habla de la militarización. No, es al revés» (Chávez, 2002c).

Es importante comprender este último hecho, reiterativo a lo largo de estas entrevistas, a modo de crónicas autobiográficas: unas FF. AA. antes de Chávez, y después de Chávez. Chávez vivió una dicotomía a lo largo de su carrera, entre ser el militar profesional y el líder revolucionario de civiles. Dicotomía que resolvió más adelante, desintegrando el espinazo profesional de las FF. AA., para someterlas a una profunda metamorfosis interna de desmilitarización e ideologización. A diferencia de uno de sus primeros paradigmas, Marcos Pérez Jiménez, quien gobernó desde las posibilidades (retóricas y reales) que le otorgaba un centro de poder y legitimidad castrense.

El subteniente Chávez y los motivos de la ideología

Un algoritmo político

La Escila había sido una agraciada ninfa —hija de Forcis y Hécatefa— que terminó convirtiéndose en un monstruo con torso de mujer y cola de pez,

[5] «Escuálido», fue la fórmula despectiva que se inventó Chávez para referirse a la oposición, por débil, sin seguidores.

hecha de seis perros partiendo de su cintura con dos patas cada uno, conformando un total de doce. Esta metáfora devenida de la mitología griega es una imagen exagerada y oportuna para ilustrar las FF. AA. antes y después de Chávez. La institución que formó a Chávez desde 1971, que lo apoyó en su crecimiento profesional y económico, sufrió la metamorfosis de Escila. Una institución profesional, medianamente leal a una constitución (1961), no beligerante en política, y hasta cierto punto subordinada a la autoridad civil (los altos ascensos militares eran promovidos por el Congreso de la República), después de Chávez, quedó aquélla siendo un monstruo multiforme, mitad mujer, mitad pez, con estribaciones caninas, como la Escila; una institución indescriptible en sus funciones y en su designio.

> Aquí vinieron los estadounidenses a instalar equipos de comunicaciones, a dirigir torturas, desapariciones. Ahora, para gloria de nuestra Fuerza Armada y de nuestras raíces militares, para gloria de nuestras tradiciones libertadoras, tenemos otra Fuerza Armada, tenemos un Ejército, tenemos una Marina, una Aviación y una Guardia Nacional que han vuelto a retomar sus raíces originarias. Hoy no están para atropellar al pueblo sino para luchar junto al pueblo por la liberación de Venezuela y por el desarrollo de Venezuela (Oramas y Legañoa, 2012: 53).

La retórica ideologizada de Chávez, obsequiosa al contencioso historiográfico del «imperialismo norteamericano», ubicó a las FF. AA. en una posición muy complicada. De ser una institución aliada de Estados Unidos, a intentar volverse un ejército de liberación nacional, con lemas, símbolos y estética guerrillera. La alianza con Estados Unidos era más dentro de una lógica de cooperación técnico-militar, que de relegación operativa. De hecho, en su vida política, Chávez no logró demostrar —por la vía de la anécdota, de la vivencia personal, ni de la historia de la institución— que la corporación castrense estuviera sujeta a una dirección superior de mando de Estados Unidos, directa ni indirecta. Aquel relato de que «aquí vinieron los estadounidenses (…) a dirigir torturas» es una acomodaticia reflexión posterior de la asistencia contrainsurgente que prestó Estados Unidos para la reducción guerrillera, en el contexto de la «Operación Martillo y Yunque». El gobierno de Kennedy, en el marco del Tratado Betancourt-Kennedy, prestó asistencia a Venezuela[6] para contener y derrotar los brotes gue-

[6] Los gobiernos de Kennedy y Johnson vieron en Acción Democrática el partido más fiable de América Latina para llevar a cabo los programas sociales de Alianza para el Progreso, sobre

rrilleros durante la lucha armada (Cockcroft, 2001: 453) y, sin duda, hubo eventos de importancia en esa refriega ¿Cuáles fueron las coincidencias temporales de estos eventos en la vida de Chávez?

Para comprender la percepción de Chávez sobre la de humillación histórica de las FF. AA. frente a Estados Unidos, la lucha guerrillera y el imperialismo, véanse los sucesos más recordados: el 27 de noviembre de 1961 «los Aguiluchos», un grupo juvenil del Partido Comunista de Venezuela, tomó un avión que prestaba servicio a la empresa aeronáutica civil Avensa, para lanzar desde los cielos caraqueños propaganda para su causa revolucionaria; el 12 de diciembre, del mismo año, ocurrió el asalto a la prefectura de Urachiche en Yaracuy, operación en retaliación por la muerte de la dirigente del PCV Livia Gouveneur, pocos días antes; el 13 de febrero de 1963 el conocido pintor y poeta Paul del Río Canales, entre otros, secuestró el buque Anzoátegui, cambiando su rumbo al puerto de Belem; el 5 de junio, del mismo año, las FALN incendiaron la Misión Militar estadounidense en Caracas; el 26 de agosto, el mismo Paul del Río Canales, secuestró al jugador Alfredo Di Stéfano para que el escándalo diera la vuelta al mundo; el 3 de septiembre asaltaron la Guardia de la Comandancia de la Aviación; entre el 19 y el 10 de noviembre las Unidades Tácticas de Combate llevaron a cabo operaciones de control urbano en las conocidas zonas populares caraqueñas como La Charneca, El Guarataro, San Agustín, San Juan, El Valle, La Vega, Lomas de Urdaneta y el 23 de Enero; el 16 de septiembre de 1964 miembros de las FALN robaron diez mil dólares, transportado por un vehículo de seguridad del Banco Central de Venezuela; el 9 de octubre, del mismo año, las FALN secuestraron, en Colinas de Bello Monte (Caracas), al jefe de la Misión Militar estadounidense, Michael Smolen, para ser canjeado por Nguyen Van Try, guerrillero vietnamita. El allanamiento, en 1965, del centro armamentístico y de acopio de la lucha armada, «El Garabato», en San Pedro de los Altos, del estado Miranda, muy cerca de Caracas. Lo dirigía el español Vicente García Ucejo, químico de profesión, Fruto Vivas, reconocido arquitecto venezolano, y el biólogo y explosivista Vicente Scorza. Se fabricaba desde armamento

todo en materia de vivienda y reforma agraria. Empero, también fueron Kennedy y Johnson, pródigos en asistencia militar y policial. La Agencia para el Desarrollo Internacional (Usaid) organizó una misión policial para el entrenamiento de la policía venezolana en antimotines. En 1961, Estados Unidos estableció un programa de asistencia técnica de un millón de dólares anuales para el ejército venezolano. La misión militar estadounidense en Venezuela fue la más grande de la región. La «Operación Martillo y Yunque», a principios de 1964, trajo a Venezuela cientos de asesores militares estadounidenses que trabajaron junto a los militares venezolanos para la guerra contra las FALN.

para escaramuzas urbanas, hasta un tipo de ametralladora que, en honor a la guerrillera Livia Gouverneur, se le nombró como la Livia-9. Tras el allanamiento, probablemente mataron a García Ucejo, pues está desaparecido hasta hoy (Cardozo, 2014: 40).

Aquellos fueron los eventos más significativos de la lucha armada en Venezuela, al menos, los que han trascendido en la prensa histórica. Todos ocurrieron entre 1961 hasta 1965, cuando Chávez tenía entre 7 y 11 años de edad, muy joven para emprender una conciencia o militancia de izquierda. Son narrativas ideológicas heredadas, pero jamás resultaron de un tiempo sufrido por su experiencia en las FF. AA. De hecho, Chávez, a finales de 1977[7], confrontó como oficial del grupo de Cazadores el Ejército, a las guerrillas residuales tras la Paz Democrática, que pulularon desde 1965 por la facción que no reconoció la amnistía de los comunistas durante el VII Pleno del PCV. El conocido guerrillero y fundador del Partido Revolucionario de Venezuela (PRV), Douglas Bravo, decidió mantener la lucha armada, y en diciembre de aquel año, la jefatura de los núcleos rurales y urbanos quedó a cargo de Fabricio Ojeda, excongresista del partido Unión Republicana Democrática (URD), ahora, a la cabeza del FLN-FALN (Cardozo, 2019: 237).

Estas dos últimas organizaciones (PRV y URD) tuvieron mucho qué ver en la construcción ideológica de Chávez y del chavismo. Más que el Partido Comunista o el Movimiento Al Socialismo, el chavismo temprano operó ideológicamente con los decálogos de estas organizaciones. El PRV, otorgó al chavismo radical buena parte de la idea —y la vivencia— de luchar hasta el fin, sin importar negociaciones de por medio, ni el bienestar de una política de consenso, mucho menos de la democracia. Asimismo, el partido Unión Republicana Democrática (URD), más que el propio Partido Comunista, alimentó, en la cultura política venezolana, la retórica de que Estados Unidos es el culpable del subdesarrollo de Venezuela, así como una cercanía, digamos existencial, con el castrismo. URD fue de hecho una suerte de ideología epigráfica de la centroizquierda venezolana. En diferentes alocuciones de Chávez sobre el nacionalismo venezolano, todas tienen coincidencias llamativas con URD y con las actitudes de su fundador y líder histórico, Jóvito Villalba. Las posturas antiestadounidenses de Villalba venían desde su juventud, bien temprana, su «charla antinorteamericana»

[7] Ese hecho, anotado en su *Diario*, salva a Chávez de una paternidad endilgada que reclamaba un Salomón Fernández, pues las fechas cuando está de lleno en la lucha antisubversiva, no coinciden con la edad del expósito.

alarmó al encargado de negocios estadounidense C. van H. Engert, durante el célebre carnaval del 1928 (Ewell, 1999: 147).

El pacto de Puntofijo fue la cimentación retórica fundamental de Chávez a lo largo de toda su cruzada contra la hegemonía bipartidista que él destruyó, esta alianza de partidos representaba para Chávez el pecado original de la democracia naciente de 1958, y la fórmula de traición de aquella rebelión popular del 23 de enero. URD es el tercer partido del triángulo de Puntofijo, pacto de gobierno de las tres fuerzas partidistas tras la caída del dictador Marcos Pérez Jiménez. URD se retiró del triángulo de gobernabilidad Acción Democrática-Copei-URD nada menos que por votar en contra de la expulsión de Cuba de la Organización de Estados Americanos en Punta del Este, Uruguay, en 1961. De hecho, fue URD el partido que desbarató el pacto Puntofijo muy temprano (Cardozo, 2019: 272).

De ese partido salieron congresistas a la contienda guerrillera para conspirar contra el gobierno de Rómulo Betancourt, como Fabricio Ojeda y Luis Miquilena, este último, un hombre clave del chavismo inaugural, y responsable de sus primeros fenómenos de corrupción política y administrativa. Afloraron de URD periodistas y agitadores políticos como José Vicente Rangel, el Grigori Rasputín de Chávez: consejero, operador político, pieza clave en todos sus momentos en el poder y el único ministro de Defensa civil; vicepresidente, canciller, el más grande operador mediático y diseñador de opinión pública del chavismo, siempre su preceptor presidencial, y leal a Chávez hasta su muerte[8].

Si faltaran elementos ideológicos y políticos de este viejo partido en el imaginario de Chávez —y del chavismo—, la candidatura presidencial de Wolfang Larrázabal fue contundente en esta arquitectura mental. Era almirante de la armada venezolana y fue presidente transicional de la Junta de Gobierno de 1958 (es decir, un militar que conspiró contra un sistema político) y en las primeras elecciones presidenciales (1958) se postuló como el candidato de URD y de los comunistas, es decir, el candidato contra Acción Democrática y Copei. Fue derrotado por Rómulo Betancourt y, sin embargo, en la visita que hizo Fidel Castro para conmemorar el primer aniversario del derrocamiento de Pérez Jiménez (1959), lo recibió Wolfang Larrázabal, y se juntaron los dos en un mitin en Caracas, donde los con-

[8] Una relación que inclusive se tornó familiar: Chávez fue instructor en el Ejército del hijo de José Vicente Rangel, José Vicente Rangel Ávalos. También fue alcalde de un municipio de Caracas por las fuerzas políticas del chavismo. Estuvo involucrado en varios escándalos de corrupción y por la organización de fuerzas paramilitares afectas al chavismo.

currentes aclamaban a Castro y Larrazábal, mientras insultaban al recién electo presidente adeco. Larrazábal se sentía como otro barbudo de Sierra Maestra (Sanín, 1983: 227). Estas escenas de la historia contemporánea venezolana marcaron una fuerte traza en la visión política de Chávez.

Estos referentes llegaron a Chávez posteriormente, en el sentido de su segunda o tercera idea de revolución. Su primera idea, insistimos, estaba asida al ideal nacionalista-militarista (nasserista, pérezjimenista, velasquista y bolivariano antiimperialista). De hecho, Chávez participó como oficial del grupo Cazadores del Ejército —unidad de actividades antiguerrilleras— convencido de su misión. La razón por la que él reflexionara sobre aquella etapa con un sentido crítico, responde a toda su alimentación ideológica posterior. Al mando de una tropa en el Centro de Operaciones número 2, en San Mateo de Anzoátegui, recibió a un coronel en situación de retiro y otros agentes civiles de inteligencia, quienes traían a un pequeño grupo de guerrilleros que ajusticiaron esa misma noche. Cuenta Chávez que criticó al coronel por el hecho. Si tomamos este incidente como un primer encuentro con situaciones de este tipo, podemos comprender que aún no había una clara conciencia de izquierda revolucionaria en él.

En 1977, Chávez comandaba un batallón de cazadores tras la pista de un grupo guerrillero en el oriente venezolano, por los pueblos y caseríos de Anaco, Cantaura, Santa Rosa, Santa Ana, Bergantín, Mesa La Tigra, Mesa La Leona, la Vuelta del Caro —Chávez presumía de conocer todos esos parajes como la palma de su mano—, fue emboscado por una fila insurgente de la facción Bandera Roja (BR, una de las divisiones del Movimiento de Izquierda Revolucionaria), guerrilla residual tras la Paz Democrática. El evento ocurrió en octubre de 1977, y murieron siete soldados de su batallón:

> Esa emboscada a mí me estremeció y me volvió un torbellino. Esa emboscada cortó de un tajo la locura mía, porque el plan era irme para la guerrilla con aquellos soldados. Estuve a punto de brincar para la guerrilla; ya sabía que estábamos defendiendo algo que no tenía razón, que lo que nosotros defendíamos era a Carlos Andrés Pérez, presidente de Venezuela. Al país lo saqueaban, los gringos mandaban aquí.

Su reflexión sobre el *establishment* que defendía (al presidente Pérez y los intereses de Estados Unidos) fue posterior. Es evidente que este golpe contra su tropa lo afectó, y su percepción del hecho —se puede leer entrelíneas— fue que él combatía, como oficial del Ejército y como comando de los Cazadores, a un enemigo público común (tanto para él como para la

democracia de entonces). Esa acción para Chávez fue cobarde, fue un asesinato, no se trató de una operación guerrillera insurgente. Cabe preguntar ¿cómo son las acciones guerrilleras? ¿Cuál es la estrategia del foquismo? ¿La guerra de guerrillas no consiste, precisamente, en perpetrar ataques a objetivos seleccionados de la fuerza pública del Estado? Este asalto a la tropa de Chávez era propio de la guerrilla guevarista:

> (…) a aquellos soldados los mataron cobardemente y entonces yo dije: «¡No! ¿Qué guerrilleros son estos?». «¡¿Qué guerrilleros van a ser estos que matan a estos pobres muchachos?!». En un volteo los agarraron, los masacraron. Una cosa es que uno muera en combate y otra que masacres, asesines a unos muchachos dormidos en un volteo (Oramas y Legañoa, 2012: 71).

Chávez planteaba que en ese año de 1977 él estaba en el mejor momento de sus condiciones físicas y técnicas como soldado: «Lo que me toca es brincar para allá, ahora que ya estoy entrenado en guerra irregular, dije. Ya era soldado cazador, paracaidista, explosivista. Uno estaba formado para el combate [y estaba] en mi plenitud física». Sin embargo, la muerte de esos siete soldados lo conmovió. El orden natural de las cosas es que Chávez estuviera más convencido —a pesar de cualquier contradicción interna— del papel de las FF. AA. en los derroteros políticos de Venezuela, que en el rol de aquella guerrilla residual «cobarde y asesina», según su propia reflexión ¿Por qué entonces se reúne, poco tiempo después, con Douglas Bravo, a través de las gestiones de su hermano Adán Chávez?

Adán Chávez es físico, se formó en la ciudad de Mérida donde también dio clases en la Universidad de Los Andes. Una vez Chávez en el poder, su hermano reclutó estudiantes y los formó dentro de una agrupación política estudiantil para ayudar a promover una «constituyente universitaria». Adán Chávez era el ideólogo de los hermanos. Cualquier experiencia que pasara por la universidad de Mérida, entre los años setenta y ochenta, conducía a una exposición natural a la militancia universitaria de izquierda. En aquella universidad andina, hacían vida desde ideólogos marxistas surafricanos contra el apartheid (Franz Lee Taylor), hasta exguerrilleros de las FALN, pacificados ahora, dentro del claustro universitario. La exposición de Adán Chávez a un centro cultural-político como Mérida, puede explicar en buena medida los puentes ideológicos que llegaron hasta Chávez. Existió otro militante del PRV muy cercano a los Chávez, el tío paterno, Narciso Chávez Suárez, quien como veremos más adelante, participó en el «tercer congreso» del movimiento bolivariano conspirador en el estado Táchira, en 1986.

Chávez se reunió en enero de 1978, en Maracay, con el enlace Adán Chávez y Douglas Bravo, el profesor de matemáticas de la Universidad de Los Andes, Nelson Sánchez, alias Harold. «Ya, a partir de ahí, tengo una doble vida: una dentro del Ejército y otra clandestina. A los pocos días estaba yo en Caracas. Fui en el Volkswagen, cambiamos de carro en algún sitio y me llevaron a una casa en una zona del Sur de Caracas. Ahí conocí a Douglas Bravo» (Ramonet, 2013: 259).

Esta reunión en Parque Aragua, con Harold y luego en Caracas, con Bravo todavía no podría caber dentro de una sólida confección ideológica de izquierda en Chávez, sin embargo, sí tiene sentido respecto a la búsqueda de instrumentos y agentes conspiradores del inquieto subteniente. Un veterano Douglas Bravo podía ser útil para el proyecto de sublevación militar-nacionalista de Chávez, pero no para la conformación de una militancia de izquierda revolucionaria. La cautela de Chávez al respecto es comprobable, entre otros elementos, con las primeras juramentaciones, y en la búsqueda de símbolos históricos para esos movimientos conspirativos en el seno de las FF. AA.

Esto no quiere decir que las FF. AA. no hayan estado infiltradas por agentes ideológicos, aunque el mismo Chávez observaba que había un rechazo hacia el marxismo dentro de las FF. AA. por la percepción de algunos militares —sobre todo la clase castrense más profesionalizada— que, aunque políticamente vivían inquietos con la idea de sublevarse, sentían que los civiles marxistas solo deseaban instrumentalizar las FF. AA. para tomar el poder como «brazo armado», y luego dejarlos de lado, encomendando el cerebro del poder a manos de los civiles revolucionarios. Todo indica que el temor de los militares profesionales terminó siendo una realidad taxativa.

Una de las ideas políticas de Chávez, fecundas y sostenidas en su tiempo revolucionario, en alguna medida inoculada por el argentino Norberto Ceresole, fue inyectar el partido revolucionario en las FF. AA. para que, o desplegara el mando político evitando el señorío de los civiles, o para desmilitarizarlas, desprofesionalizarlas y deconstruirlas, de esta forma entronizar al partido revolucionario y al caudillo como único gobierno. El modelo ceresoliano se denominó «posdemocracia», donde se establecía el mantenimiento de un poder centralizado, concentrado y unificado en el caudillo, quien afianza el poder en el partido revolucionario-cívico-militar. En efecto, Chávez horadó el camino para infiltrar el partido revolucionario en el nicho militar, des-caracterizando el sentido profesional de las FF. AA. Su sucesor, Nicolás Maduro, concretará la siguiente etapa de la misión, reemplazando, definitivamente, a los actores militares de la revolución cha-

vista, por aquellos civiles que estaban esperando la ocasión desde 1977. El «douglismo» triunfó finalmente, y la idea cívico-militar y partido-militar-caudillista ceresoliana de Chávez, solo fue una etapa del camino.

De hecho, el mismo Chávez hablará años más tarde de esta nueva caracterización de la guerra revolucionaria que Douglas Bravo le estaba planteando: un concepto de la toma del poder por medio de una alianza cívico-militar-religiosa, una exótica fórmula que a Chávez, es sus propias palabras, le «gustaba porque coincidía con lo que pensaba desde hace tiempo» (Ramonet, 2013). La idea de la rebelión desde el cariz militar-religioso apuró la curiosidad de Chávez, ciertamente, porque él siempre tuvo una relación inmanente con diferentes formas de fe, desde ser monaguillo hasta casi un animista, rondando siempre la cosmogonía judeocristiana, junto con animosas simpatías hacia la santería cubana —lo analizaremos—, igualmente con el mundo islámico. Para el Chávez de finales de la década de los setenta, la posibilidad de una revolución militar-religiosa le sonó familiar y atractiva, como un libreto prestado de las luchas árabe-israelíes y la revolución iraní durante la Guerra Fría. Al mismo tiempo, esta configuración también le permitió lograr un contacto místico con las masas, como anotó el sovietólogo Peter Wiles, a propósito del populismo latinoamericano (Barrera y Marcano, 2005).

Los grupos radicales como el PRV —que no habían logrado la toma del poder por sus esfuerzos ni méritos— hicieron contacto con Chávez, pero este no fue una presa fácil, a pesar de toda la carga ideológica que pudo sufrir por estos agentes en sus tiempos de búsqueda y exploración dentro de la Academia Militar. Solo que, y es oportuno mencionarlo, las logias militares son muy confusas en su aparato ideológico. Hay unos crisoles, unas mezclas imprecisas, donde se vertieron elementos de derecha militarista como el Nuevo Ideal Nacional de Pérez Jiménez, quien a su vez combinó en su propia fórmula nasserista, el desarrollismo despótico corporativista latinoamericano, y los proyectos de Estados Unidos para las Américas; todo aquello se fusionó con la izquierda bolivariana —una izquierda centrifugada en aquella pregunta retórica de Bolívar que dice «¿Cuánto no se opondrían todos los nuevos estados americanos, y los Estados Unidos que parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la Libertad?»[9]— con el zamorismo inveterado de Chávez, ese sí, un ingrediente original en su configuración protorrevolucionaria.

[9] Carta de Bolívar a Patricio Campbell, desde Guayaquil, el 5 de agosto de 1829.

Y si faltaran elementos en esta rapsodia ideológica, una facción de estos agentes militares como el coronel William Izarra (quien había creado entre 1978-1979, el grupo R-83 [Revolución 83] y en 1980 ARMA [Alianza Revolucionaria de Militares Activos]), había hecho contacto con el Partido Baaz Árabe Socialista en Irak, y en Libia con el gadafismo. Este amasijo, iliberal y poco elocuente para un proyecto político en Venezuela, finalmente fue el embrión de la bestia, que en el fondo buscaba una venganza contra la democracia representativa y su rol en la delineación de una política exterior cercana a Estados Unidos. En el camino de la revolución chavista, todos los elementos antedichos hicieron su parte para la construcción de otra Venezuela, devastando la amable nación que le dio cabida a todos los caprichos de su último verdugo.

De vuelta a aquella reunión con Douglas Bravo, el mismo Chávez aclaró que fue posible por la vía de su hermano mayor, Adán. Este pormenor es importante. En Adán se dio, como hemos dicho, un proceso de formación política más evidente. Fue más influenciable (o tuvo más interés) que Chávez en los primeros encuentros con el marxismo-leninismo ¿por qué? ¿La sincronía histórica de la política nacional y la universitaria? apenas mayor que Chávez por un año, en Adán cuelan de manera casi instantánea las catequesis marxistas del historiador Ruiz Guevara; a los 16 años se inscribió en el partido MIR, edad en la que su hermano menor se estaba planteando una vida profesional entre la ingeniería, el béisbol y la carrera militar, tres inclinaciones poco motivadas por la política. Hubiera sido el destino de Chávez la ingeniería, quizá hubiera empezado a militar en el movimiento estudiantil de izquierda, como era el ritual convenido en la cultura política venezolana, pero poca —o ninguna— influencia habría tenido en la historia. Dicho por el mismo Chávez: la Academia Militar fue el semillero, el «nido de las águilas».

Pero la suerte universitaria de Adán Chávez sí tuvo influjo en la historia política venezolana, pues su vivencia en la Universidad de Los Andes, no solo fue el crisol ideológico donde terminó de ideologizarse, ahí se tejieron las redes primarias de la conspiración civil de izquierda, que, en algún punto, se acopló —muy levemente— con la conspiración interna militar y, sobre todo, en la segunda y tercera etapa ideológica del chavismo en el poder. En Mérida, Adán Chávez militó en un ala radical de la izquierda residual del del Partido Revolucionario Venezolano (PRV), partido que además de no acoger la oferta democrática del apaciguamiento, padecía dogmatismos y miopías ideológicas —el mismo Adán lo reconoce en conversaciones con el marxista Allan Wood—, no obstante a eso, conectó aquel adefesio de

partido con Chávez, pues la misma condición clandestina y de guerrilla urbana del PRV, le impedía construir un proyecto de masas, era una entidad aislada de la gente y de la realidad política del país —como explica Adán Chávez— «por su carácter clandestino, este grupo [PRV] no tuvo contacto con las masas. Además, eran muy dogmáticos y sectarios. Al igual que el MIR, se dividió y terminó desapareciendo. Para lograr un movimiento popular revolucionario, que permitiera la toma del poder, uno tenía que tener una fuerte influencia dentro de las masas populares y contar con el apoyo de las Fuerzas Armadas» (Woods, 2005).

Adán Chávez no ha tenido un perfil bajo durante la Revolución Bolivariana, ha tenido diversos cargos de poder ministerial, ha sido gobernador de Barinas, el estado de los Chávez, y diplomático. Sin embargo, tampoco ha tenido un perfil muy alto, pareciera más un hombre valioso detrás del trono. Tras la muerte de su hermano, hay sectores políticos chavistas que creen que el «legado de Chávez» se están desdibujando en la presidencia de Nicolás Maduro y, en paralelo, la opinión pública respecto a la imagen de la familia Chávez no es positiva. Están vistos como acumuladores de riqueza, y sus gestiones en la administración del Estado han sido mediocres, cuando no, caóticas. No corresponde todavía hablar del «legado», pero sí de su ascendente e influjo —subestimados— en los giros ideológicos de Chávez.

Se podría inferir que Adán fue una suerte de batería de reserva ideológica de su hermano Chávez; una evidente base de referencias histórico-familiares, y también como especie de apoyo, una vez que el hermano-presidente fue demandando transformaciones en el curso de su revolución. Chávez sabía que en la medida de las exigencias ideológicas que el contexto de su poder iba reclamando, ahí estaba su hermano mayor como una referencia, atado, además, a una primera y armónica relación fraternal de primera juventud. Ese es un elemento que no puede dejarse de lado en las motivaciones políticas del chavismo. No es arriesgado pensar que Adán es uno de los motivadores de la evolución hacia la izquierda radicalizada del proyecto chavista.

Se le ha atribuido esta alteración del primer plan político a Fidel Castro y su hermético ensalmo a Chávez. Esa clave íntima se puede comprender, fácilmente, por la historia castrista hacia Venezuela, como una obsesión geopolítica—desde el gobierno de Rómulo Betancourt— para influir en Venezuela, tan cercana y tan rica; obsesión retroalimentada por el apostolado de Chávez hacia Castro, y por un raro atributo del presidente venezolano como el huérfano de la Guerra Fría. No obstante, la cualidad doméstica de las nuevas sensibilidades y prácticas de Chávez en su espiral socialista, tuvo buena parte y mucho que ver, su hermano mayor, Adán.

Según el testimonio de Adán, cuando Chávez empezó a formar alguna clase de logia militar dentro de las FF. AA., fue que informó «a los líderes del partido de la existencia de mi hermano. De esta manera se establecieron contactos entre las dos partes. Hugo Chávez también tuvo otros contactos con otros grupos de izquierda. Aunque finalmente el PRV desapareció, hay que darle crédito por esto» (Woods, 2005). Hubo un primer puente tendido por Adán, entre el movimiento militar de Chávez y el PRV. Este pudo ser el primer contacto de esta izquierda radical (que sustentaba su refriega atracando transportes de valores y bancos) con las logias bolivarianas, zamoranas y perezjimenistas de las FF. AA.

Empero, hay otra clave: cuando Adán Chávez intentó revelar los principios ideológicos del proyecto chavista, habló sobre esa trilogía surrealista del «Árbol de las tres raíces», ideología que se nutre de Bolívar, Rodríguez y Zamora. Una mezcla extravagante de pensares y visiones incompatibles. Salvo Bolívar, en los otros dos no hay nada que pueda reciclarse para un proyecto político moderno, sin embargo, a Chávez le fascinaba hacer cárteleras escolares (dicho por él), y esta confección ideológica bien pudo ser un *collage* de la asignatura escolar Cátedra Bolivariana de cuarto año de secundaria. No obstante, lo que corresponde es la pregunta del entrevistador: «Y estos principios, ¿pueden llevarse a cabo bajo el sistema capitalista?», aquí es donde merma todo el carnaval ideológico adolescente de los Chávez, para confesar que:

> Personalmente creo que no pueden. Y el presidente Chávez ha dicho en los últimos meses que el capitalismo es esclavitud y que la revolución bolivariana debe ir hacia el socialismo. Esta conclusión no es casual. Es el producto de muchas discusiones, muchas experiencias y un análisis en profundidad de la situación. El presidente solía considerar la opción de la llamada «tercera vía», un camino entre el capitalismo y el socialismo. Examinamos eso y, como dijo el presidente, nos hemos dado cuenta de que para la revolución bolivariana no hay una tercera vía posible, debemos elegir la vía del socialismo (…) Pero debemos adaptar las ideas del socialismo a las condiciones concretas (Woods, 2005).

Se quiera o no, en el hecho de dar crédito a la injerencia de Adán en las decisiones de su hermano, subyace un elemento subjetivo, soterrado, en muchos análisis sobre la Revolución Bolivariana, un elemento además que hermana a Adán con los derroteros políticos que transita Venezuela. Esa izquierda del PRV-MIR-Nueva Alternativa, partidos que fracasaron durante

dos décadas como facciones paramilitares y opciones políticas, fue la que terminó por dominar la bestia revolucionaria. Es la práctica de una ideología y de un modelo económico, pero ejecutado por las manos de determinados actores de la historia reciente venezolana, que hacen desemejante el socialismo de Venezuela —entrópico— con cualquier otra experiencia cercana en la historia. Adán fue quien le dio al proyecto de Chávez un trozo de ese fruto, que acabó con el destierro de muchos venezolanos del Edén.

Alguna pista dejó Luis Miquilena, mentor y padre político del Chávez candidato del Movimiento V República en 1997-1998, cuando dijo que el comandante estaba yéndose «por esa izquierda fracasada»; ocurre que cuando Miquilena reveló ese elemento a su entrevistador, Barrera Tyszka, ya estaba distanciado del gobierno chavista, y no precisó el hecho de que él fue protagonista histórico de esa «izquierda fracasada», además, tan perfectamente coherente con aquella izquierda fosilizada que Adán Chávez la asumió como perfecto modelo venezolano del socialismo entrópico: una izquierda hondamente casada con las posibilidades que da el capital como factor de poder —y para la vida opulenta—. No solo el hecho de que Luis Miquilena fue uno de los primeros corruptos de la larga cadena de altos funcionarios viciados del chavismo: gestionó casi dos millones de dólares oriundos de la banca española para financiar al MVR, violentó las reglas del juego electoral; estuvo involucrado en el primer caso histórico de corrupción de la Revolución Bolivariana, Micabú; fue el artífice del primer Tribunal Supremo de Justicia chavista como primigenio modelo de autoritarismo judicial chavista; es también el hecho de que la práctica gerencial del socialismo chavista, está hecha a imagen y semejanza de Miquilena.

Si Miquilena, el *comunista negro* —mote que se le dio como veterano sindicalista de autobuseros—, hubiera sobrellevado un poco mejor las presiones de aquel diciembre de 2001 (volveremos a ello más adelante), que auspiciaron oportunamente su huida impune del primer gobierno de Chávez, habría seguido en las carnestolendas del poder hasta su muerte en 2016. Miquilena, por lo demás, fue uno de los forjadores de la plutocracia chavista desde sus tempranísimos días como director de finanzas del Movimiento Quinta República, y fue el artífice de los primeros esquemas de soborno, nepotismo y malversación de la inaugural corrupción de la revolución en 1999.

Nos atrevemos a seguir afirmando que Adán no fue un colaborador más del Víctor de Mary Shelley, podríamos decir que él es el Víctor Frankenstein de la segunda era política del monstruo, «el moderno Prometeo», que hizo posible la transición hacia una tercera era política del autoritarismo

desintegrador de Maduro. Hubo muchos, pero Adán logró configurar una fisionomía política de cuadros de mando civil, con el perfil de los militantes de la izquierda rupturista, belicosa, de supervivientes políticos, solo por la permisividad del sistema democrático. Aquel sistema pensó que los claustros universitarios civilizarían a estos militantes residuales del PRV-MIR-Nueva Alternativa-Bandera Roja, como sí lo hizo con algunos miembros más disciplinados y coherentes del PCV y del MAS.

La gente que convoca Adán son los cuadros de una izquierda que sobrevivió el capitalismo rentista para construir el capitalismo selectivo y neoextractivista minero, a diferencia de esa elite intelectual del PCV y del MAS, que, aunque acudieron al proyecto de Chávez, buena parte lo abandonó al vislumbrar los derroteros futuros. La izquierda lumpen-revolucionaria fungió como sustituta de un libreto ideológico, pero en su asalto al poder, llevó la primera fase hacia la radicalización y, además, se enfocó en el lucro, en el monopolio discrecional de riquezas, en la acumulación primigenia para poder seccionar, por lotes de terreno, al país entero, y proyectar lo que pareciera un modelo capitalista selectivo de elites cacocráticas, más o menos recientes.

De la biblioteca de Barinas al apartamento de Maracay

El subteniente Chávez también se reunió en aquel año de 1978 en su apartamento de Maracay, con Alfredo Maneiro, por medio de Wladimir «Popeye» Ruiz, amigo de infancia. Wladimir Ruiz estaba formado desde joven por la doctrina de casa, de su padre, en el marxismo-leninismo. En las tertulias de aquella biblioteca de Ruiz Guevara, decía Vladimir, que el interés del joven aprendiz Chávez estaba centrado en Bolívar, lo que le parecía inútil a Wladimir para una revolución comunista. Chávez no se dejó cortejar completamente por la matriz ideológica revolucionaria. Claro, se llevó consigo aquellas sensibilidades a la Academia Militar, por ejemplo, entró al recinto militar con el *Diario de Bolivia* de Ernesto Che Guevara entre sus libros de equipaje —cita fragmentos en su diario personal—, pero no debe considerarse un infiltrado guevarista dentro de la institución castrense. Sin embargo, el guerrillero argentino, eventualmente, produciría en Chávez el hechizo que ha cautivado a tantas personas. Un sobrino de Herma Marksman —compañera sentimental de Chávez—, Donato Salas, que entonces vivía con su tía y con Chávez —entonces un huésped ocasional— en un apartamento en el suburbio caraqueño de clase media El Paraíso, encontró

a Chávez (circa 1985) en horas de la madrugada, apuntando con su pistola reglamentaria a un retrato del Che Guevara al que le hablaba: «¿Cómo es posible que te hayas muerto tan joven, con tanto que quedaba por hacer? Estás muerto, pero me provoca darte un tiro por habernos abandonado tan pronto», inquietante anécdota relatada por Marksman en una entrevista (Placer, 2020: 65).

No obstante, más allá de lo frecuente que fue esa literatura guevarista en diversos espacios venezolanos, son los años recientes del asesinato en la Higuera, Bolivia, del aventurero argentino (1967), era, tal vez, un libro de moda cuando Chávez entró en la Academia Militar. Asimismo, es menester reafirmarlo, aquella vivencia de un lustro sumergido en la biblioteca de la casa barinesa de los Ruiz, con esa pandilla —en diversos relatos parece una cuadrilla de amigos amena, íntima, cómplice, como la mejor de las camaraderías— de los Chávez y los Ruiz Tirado no fue cualquier cosa. Pocas personas tienen la suerte de lograr una empatía que logre evolucionar desde la chifladura de la adolescencia (cine, serenatas a enamoradas, cantatas espontáneas de música llanera) a una cofradía intelectual y política, en la medida que se van haciendo hombres. Reafirmamos uno de los argumentos introductorios de este libro: Chávez fue un hombre feliz, que disfrutó a manos llenas cada etapa de su vida conjugada con el paisaje social, existencial, político y bohemio de Venezuela.

Alfredo Maneiro, señalábamos antes, se reunió con Chávez en Maracay en 1978. Chávez primero fue escogido como miembro del Comité Central del PRV-Ruptura (su seudónimo en la clandestinidad era «José Antonio») aunque por su carrera militar se le exentó de asistir a las reuniones de partido. Pero ese mismo año conoció a Maneiro, quien traía una propuesta más elocuente con el imaginario político de Chávez. Bravo sufría un infantilismo revolucionario que Chávez percibió temprano, Maneiro traía una madurez intelectual más persuasiva.

Maneiro es el histórico fundador del partido La Causa Radical (LCR). Era el ideólogo y líder político que trabajaba con los sindicatos de Guayana, la región de las ferromineras venezolanas. LCR devenía de la primera y más grave división del PCV, de donde nace el Movimiento Al Socialismo (MAS). El primer congreso del MAS se llevó a cabo el 14 de enero de 1971 y durante el desarrollo del evento, Alfredo Maneiro y otros quienes, habían participado también en la primera desmembración del PCV, resolvieron no subscribirse en la fundación de la novel organización MAS y se retiraron para formar LCR. Entre los que se participaron con Maneiro se encuentra

Wladimir Ruiz Tirado. El planteamiento político de este partido se diferencia, desde el punto de vista político y metodológico, básicamente, en que la vanguardia se forma desde abajo hacia arriba, en el encuentro con «los iguales» como lo definió Alfredo Maneiro. LCR sumó en los espacios de su captación política, de manera especial, al movimiento obrero en los patios de la naciente industria de Guayana. Precisamente, en Sidor, apareció el periódico *El Matancero*, pero la genialidad de su miembro fundador, Maneiro, logró articular una eficiente red político-cultural: Procatia en Caracas, como ya dijimos, *El Matancero* en Sidor, *PRAG* en la UCV, *Bafle* en Mérida, *Ruta R* en Barquisimeto y el movimiento intelectual La Casa del Agua Mansa.

Cuando Chávez se reunió con Alfredo Maneiro y Wladimir Ruiz Tirado, no había transcurrido ni una década de las fracturas de la izquierda, de la derrota guerrillera, de la Paz Democrática y del nacimiento de otras organizaciones partidistas de izquierda. Esa incertidumbre respecto al sovietismo mundial y la revolución en el tercer mundo, llegó a Chávez para conformar sus primeras concepciones del universo político venezolano y de la Guerra Fría en general. Las figuras principales de los partidos en ciernes (MAS y LCR), como Petkoff y Maneiro, entre otros, sufrían la traza de la Guerra Fría por el control del sovietismo sobre la organización política de una juventud militante, irreverente, que pretendía crear un partido sin injerencia foránea como la Unión Soviética, con un perfil ideológico y objetivos políticos más afines con el acontecer real venezolano. Buscaban también la adhesión de otros miembros del PCV como Pompeyo Márquez, Eloy Torres y Rodríguez Bauza, entre otros. Finalmente, en enero de 1971 en Catia (Caracas), se realizó el primer congreso del MAS, y ese mismo día sufrió la división: Alfredo Maneiro, Lucas Matheus, el «Mono» Rosales y José «el Cojo» Lira abandonaron el recinto para crear la Causa Radical (Suárez, 2017). Podemos inferir que Wladimir Ruiz estuvo cerca de los acontecimientos iniciales de LCR, que se identificaría más con las inquietudes de la primera juventud política de Chávez, que el histórico PCV o el atolondrado PRV.

Para Chávez esa reunión con Maneiro y Ruiz Tirado fue iniciática: «Entonces, a través de ellos me fui metiendo a la revolución, le cogí ritmo, pues» (Oramas y Legañoa, 2012: 71-72). Esta reflexión, deducimos, es parte de la autoconstrucción de Chávez sobre la naturaleza de su revolución. Lo obliga a estar desde 1978 cerca de la brasa de la izquierda radical, cuando hemos venido intuyendo que el cariz de esa primera idea de revolución aún no se sincroniza ferviente y operativamente con los movimientos ni partidos de izquierda. Fueron apenas aproximaciones.

Entre Douglas Bravo y Alfredo Maneiro, Chávez se quedó con la tesis de Maneiro. Entendió que el primero había fracasado rotundamente en lo político como en lo militar subversivo: «Algunos grupos de izquierda nunca terminaron de aceptar el proceso nuestro, otros quisieron manipularnos con esa idea quizás de que los militares debíamos ser como el brazo armado del movimiento político. Yo comencé a tener choques con Douglas Bravo» (Harnecker, 2002: 15). Chávez veía en Douglas Bravo y su guerrilla residual una desconexión total con el país, con la gente y las necesidades de, en un principio, reformar las instituciones. Aquel Chávez de 1978 tal vez comprendía con más claridad a Venezuela, que el Chávez posterior al referéndum revocatorio de 2004. Ni qué decir del Chávez que toma absoluto control de la Asamblea Nacional en 2005 —por una díscola decisión de la oposición—, que es el verdadero clivaje de la democracia venezolana hacia la descontrolada concentración de poder del ejecutivo. Lo paradójico es que entre una u otra tesis, terminó reinando en las postrimerías del proceso chavista, el espíritu entrópico de Douglas Bravo o lo que representaban sus partidarios más acérrimos dentro del rupturismo del PRV, respecto a demoler todas las instituciones democrático-modernizadoras venezolanas. Analizamos ese fenómeno en el capítulo XIV.

La tesis de Alfredo Maneiro sí brindó algún sentido para un Chávez irresoluto: «Chávez, hemos conseguido la cuarta pata de la mesa» le dijo en ese momento Maneiro. Explicó Chávez que Maneiro «hablaba de la clase obrera —la pata en Guayana[10]—, de los sectores populares, los intelectuales y clase media y, la Fuerza Armada que era la cuarta pata», (Harnecker, 2002: 15). La tesis de la «cuarta pata de la mesa» giraba en torno a una huelga general que aupara la insurrección popular, y esta se imbricaría con un levantamiento militar, para así lograr un gobierno obrero revolucionario. Algunos afirman que esta estrategia no encajaba con la idea de rebelión civil-militar de Chávez (Garrido, 2007: 21). No solo no se ajustaba, era remota la posibilidad de una organización obrero-sindical que lograra soliviantar las bases del sistema político de finales de la década de los setenta. El peso específico del núcleo sindical de Guayana no se comparaba con el sector petrolero que entonces funcionaba como una máquina de relojería, donde su clase trabajadora estaba satisfecha con la contratación laboral y el sistema político vigente. A esos sindicatos no los controlaba la tesis de sublevación de Maneiro (Ortega, 1995: 105).

[10] Referencia al poder sindical obrero en Guayana, el complejo ferrominero venezolano.

Para comprender la relación política de Chávez con Maneiro y su pensamiento (aunque solo se vieron una vez, murió en 1982, cuatro años después del encuentro en Maracay) es necesario continuar con este conciso ejercicio de prosopografía política.

Wladimir Ruiz Tirado fue quien auspició el encuentro entre Chávez y Maneiro. Hubo una empatía triangular en esta reunión: Wladimir fue discípulo de Maneiro, pues ambos incursionaban en la política, pero desde la disciplina intelectual muy propia de los cuadros de izquierda, que les exigía la discusión marxista, el debate crítico, la producción escrita y una actitud —o anti-actitud revisionista—. La obra escrita de Maneiro iguala o supera su trabajo político. De hecho, Wladimir escribió en su prólogo de *Notas políticas* de Alfredo Maneiro «El tema de la calidad revolucionaria debe ser abordado sin complejos, sin temor a traumas» (Ruiz en Maneiro, 2006: 14) que es una crítica a la asimetría del liderazgo dentro del chavismo y, al mismo tiempo, utiliza la categoría de Maneiro de «la calidad revolucionaria» la cual solo es posible dentro de la libertad de crítica y autocrítica dentro de cualquier proceso revolucionario. A su vez Chávez, según reveló, era asiduo visitador de barrios y sectores populares caraqueños, para medir la temperatura política en el sentir de aquella gente, y, tal vez, lo que más le interesó, verificar el trabajo de movilización, agitación y organización de partidos como, precisamente, la organización de Maneiro. Chávez, en su proceso de búsqueda, visitó el populoso sector de Catia «a ver qué hacían allí los muchachos de La Causa R, cómo sacaban propaganda. Llegué hasta pegar afiches en la calle con un grupo de ellos».

Es evidente que, a lo largo de la organización política del movimiento militar bolivariano, durante la década de los ochenta, LCR demostraba mayor organización política que el resto de partidos, en cuanto a ese bosquejo de relacionar intelectuales, clase media, movimiento obrero y popular con las FF. AA.

> Mi encuentro con Maneiro y, por qué no decirlo, mi certeza de que por la vía de Douglas Bravo no andaba la cosa, hicieron que me acercara más a La Causa R, sobre todo por su trabajo en el movimiento popular, que era vital para la visión cívico-militar de la lucha que comenzaba a germinar en mí. Yo tenía entonces muy clara la idea del trabajo de masas y no había eso en el grupo de Douglas; en cambio en La Causa R yo olía a masas (Harnecker, 2002: 15).

El ascenso de este partido en la política venezolana, fue en paralelo con la fase final de la conspiración adentro de las FF. AA., pues el segundo de

LCR, después de Maneiro, era Andrés Velásquez, fruto de la organización sindical en el estado Bolívar (Guayana), quien consiguió ser gobernador y candidato presidencial en 1993, repuntando en las encuestas como favorito. De hecho, se dio por ganador indiscutible, sin embargo, por razones aún no esclarecidas, triunfó Rafael Caldera[11] como presidente, paradójicamente, gracias al sentimiento antipartidista sembrado en la cultura política venezolana desde finales de los años ochenta.

Otros cuadros de LCR entraron en contacto con Chávez a través de Wladimir. A su vez —como hemos anotado tantas veces—, este fue amigo de infancia de Chávez y más tarde militante de LCR, entendiendo, de manera intuitiva, que el subteniente Chávez de 1978 podía ofrecer algo —o viceversa— para engendrar un movimiento nacional antisistémico, en aquella ecuación sin incógnita que es la «unión cívico-militar».

Wladimir Ruiz Tirado escribió el estudio introductorio de *Notas políticas* de Alfredo Maneiro (Maneiro, 2006: 11-16) donde puntualizó elementos que asidos a las coyunturas de los años ochenta, los trae a colación en plena efervescencia del proceso chavista, atreviéndose a un paralelismo entre el sistema que criticó Maneiro durante la primera bonanza petrolera de finales de los años setenta, con la bonanza que estaba viviendo Venezuela en 2006. En su estudio preliminar Ruiz Tirado sugirió que Maneiro predecía la crisis devenida de aquella primera prosperidad petrolera durante el gobierno de Carlos Andrés Pérez (1974 y 1979), la riqueza fácil, el endeudamiento, la corrupción, con lo cual, todo indica —escribe Ruiz Tirado— que si no se hacían correcciones dentro de la revolución de Chávez, se repetiría la historia: «estamos en una posición de gobierno, en una circunstancia donde se está repitiendo una coyuntura de gruesos excedentes petroleros (…) los peligros del envilecimiento del proceso están al acecho» (Ruiz en Maneiro 2006: 15).

LCR asumió cuotas de poder en diferentes estados y municipios de Venezuela en paralelo con la fase final de la organización militar bolivariana dentro de las FF. AA. Hubo una correspondencia política entre ambos fenómenos, que gozaron de sincronía histórica con una cultura política nacional de desafección partidista que deseaba demoler el sistema democrático bipartidista. A todas estas, Chávez llevaba en la faltriquera la opción que le había brindado Alfredo Maneiro —al menos en teoría— de integrar

[11] Rafael Caldera (partido Convergencia con la alianza de 16 partidos, la mayoría de izquierda y centroizquierda, el «Chiripero») obtuvo 1 710 772 votos [30,46%], Claudio Fermín (Acción Democrática) 1 335 287 votos [23,60%], Oswaldo Álvarez Paz (Copei) 1 276 506 votos [22,73%] y Andrés Velásquez (La Causa R) 1 232 653 votos [21,95%].

los factores fundamentales de la biopolítica venezolana (Kjellén, 1924) para lograr un contrapeso al poder establecido, llegado el momento.

La alusión a la clase media como elemento sustantivo del proyecto, fue otro agente que consolidó esa idea integral de Chávez, de tomar en cuenta a ese sector venezolano para aterrizar de una u otra forma su proyecto político, además, Chávez era un hombre de la clase media venezolana de la provincia, esa era su identidad de clase. La clase media fue la médula política de su movimiento electoral y, sin la opinión de ese sector en particular, sin la medición de esa percepción negativa de la clase media hacia la elite política dirigente, Chávez no hubiera dado el paso. Si se podría hablar de una paradoja, esa clase, determinante en su conspiración —por el alto nivel de aceptación de un movimiento «antipolítico», antipartidista y vengador dentro de ese mismo sector de la sociedad— es la clase que el proyecto chavista termina por evaporar.

Así pues, el algoritmo político arroja: las redes tejidas en la primera juventud de Chávez se conectaron con la construcción, todavía muy cruda, de su idea de disrupción en el sistema democrático venezolano; estas pudieron haberle aclarado a Chávez un primer borrador político fundamental para comprender que la disrupción debía hacerse con una organización que integrara «cuatro patas de una mesa» (intelectuales, clase media, obreros-sectores populares y FF. AA.).

Quedan, por ende, deshechas dos ideas —y dos *path dependencies*—, por un lado, la de un subteniente Chávez comunista desde siempre, inoculado en las FF. AA. como agente ideológico; y por otro, la del militar cooptado por los partidos de izquierda radical, para manipularlo como el factor militar de un golpe Estado. Tampoco fue el soldado popular, el soldado-pueblo, con una relación inmanente con las fuerzas populares a las que promete liberarlas del yugo oligárquico, plutocrático, imperialista. Su primera idea de conspiración está hermanada con la intervención de un estamento —el militar— con una clara identificación de clase y de cuerpo social, es decir, la misma locomotora que anima a los políticos con un proyecto ideológico, animó a Chávez, desde su propio gremio, para intervenir en la complexión política del país a través de su corporación militar profesional.

En la Academia Militar Chávez entró en contacto con una literatura curricular, que, aunque obligatoria dentro de la lógica docente, él supo escoger para sus intereses originales. Decimos esto porque en esos saberes está la ingeniería de pensamiento sobre lo «cívico-militar», una clave más deter-

minante en su primera orquestación revolucionaria, que sus lances posteriores con la izquierda. El Chávez que se declara marxista en una sonorísima alocución —y para muchos un parteaguas del proceso chavista— no hubiera podido ensalzar su proyecto atado dogmática y simplistamente al panfleto incendiario de los movimientos radicales de izquierda cubanófila o filocastrista. La alquimia de su primer proyecto fue posible por lecturas como *El ejército como agente de cambio social* de Claus Héller, donde el autor, dicho por el mismo Chávez «compilaba una serie de artículos que hablaba de casos donde el ejército había actuado como agente social» (Harnecker, 2002: 11-10). Leyó a Clausewitz para geopolítica y estrategia militar, y los escritos militares de Páez, Napoleón, Aníbal. Confesó lecturas de Mao Zedong, y se quedó con una cita del chino, que Chávez repetía como letanía: «el pueblo es al ejército, como el agua al pez», para justificar y catequizar sobre la simbiosis cívico-militar, simbiosis que terminó siendo autodestructiva para ambas partes.

ÍNDICE

Preliminar 15
Claves político-biográficas de Chávez 15
Justificación del título 21
«La república de antes» y el apocalipsis 25
Las fuerzas profundas 29
Aclaratoria metodológica 34
Primera parte: ¿Cuándo nace el animal político? 37
Capítulo I: El correlato llanero 39
Un algoritmo político 51
De la biblioteca de Barinas al apartamento de Maracay 64
Capítulo II: La estrategia política, el movimiento conjurado y la idea de disrupción 72
Las ideas entran por la escuela 74
Embrión conspirativo 76
Cuando los motivos llegan más lejos que las ideas 86
El Caracazo de Chávez 90
El insidioso corolario del Caracazo 97
Capítulo III: El 4 de febrero de 1992 ¿Animal militar o animal político? 99
El vestíbulo ideológico del 4F 99
El Pacto de San Antonio 102
Tan cerca de Haití y tan lejos de Cuba 105
El día del 4 de febrero de 1992: Mizaru, Kikazaru e Iwazaru 105
De la guerra de posición a la guerra de movimiento: la operación Zamora 108
El mando operacional original 110
El 4F: la acción militar es la política por otros medios 117
El postgolpe 124
Ubi concordia, ibi victoria 125

El 4F ¿primera fase? 127
Corolario aparatoso 130
Capítulo IV: El Landsberg de Chávez 133
El primer calabozo antes del Landsberg 134
¿Punición o legitimación? 135
Yare: gabinete de guerra y propaganda 136
La conspiración esotérica 139
Capítulo V: Lo viejo que no debió morir, y lo nuevo que no debió nacer 142
Un sobreseimiento con sensación de indulto 144
Nolle prosequi 146
El síndrome del proceso de Burgos 150
El corto camino a la (de la) libertad 152
Segunda parte 157
Capítulo VI: ¿Cómo transformar dos años de cárcel en trece años de poder? 159
Las alianzas del ensueño 160
La campaña sin nombre 163
Capítulo VII: Ni Carl von Clausewitz ni Frederick Jackson Turner: : Hugo Rafael 165
Idilio colombiano: Chávez y la preferida del Libertador 169
El candidato de 1998 y la frontera caliente 171
La Constituyente de Chávez nació en Bogotá 172
Pide la palabra en Oxford un estudiante colombiano 175
El laurel ausente 179
Epílogo de una querencia 180
When The Saints Go Marching In 188
Capítulo VIII: El sendero lúcido: utilizar las instituciones para desmantelarlas 191
Golpismo unidireccional 191
Los años 90 de Venezuela: el fin de su historia y de sus últimos hombres 200
El frente y el partido político 203
La «IV República Insurgente y Bolivariana» y el Movimiento V República 204
Un candidato entre el centeno 211
El grupo Tocha 215
Capítulo IX: El «primer presidente del siglo xxi venezolano» 218

El golpe seco 223
La rosa de los vientos: la constituyente de 1999 231
El espejismo de la furia 237
Los militares golpistas que subestimaron el ala civil de la revolución 243
Capítulo X: Chávez petrolero 245
Chávez = Pérez³ 245
Chávez y la tesis del pico petrolero 249
Neonacionalismo petrolero: ideología versus crecimiento 251
El primer talismán geopolítico de Chávez: la Opep 256
Yorubas y Opep: la relación especial con Olusegun Ọbasanjọ 259
La evolución y la contradicción del mantra petrolero 262
De bitumen a petróleo 265
La defensa de los precios del petróleo, ¿quién los impugna? 271
Lo que arde con petróleo se apaga con petróleo: la huelga de Pdvsa 278
El paraíso en sus ojos 283
Del nacionalismo energético racional al patriotismo petrolero radical 287
Pdvsa, intervencionismo y reacción 290
La revolución ignífuga 291
Llamarse jefe para no serlo, es el colmo de la miseria 295
La carta petrolera antiimperialista 295
La pax chavista 299
Capítulo XI: La primavera fallida 303
La falla de la interpretación binaria 305
Chávez 2001-2002: una mezcla de Obasanjo y Tony Blair 307
El ruido de las cacerolas 310
Los resortes de la crisis 320
¿Chávez renunció el 11 de abril? Preguntas a un anfitrión de la historia 322
La operación Tiburón 325
Elevación espiritual para todos los venezolanos de todo el territorio nacional 327
Brevísimo período de facto 331
Tres aviones y cuatro helicópteros alrededor de Chávez 336
¿Corrió peligro la vida de Chávez? 339
La versión de Chávez sobre su otoño con primavera 343

Si no te callas, cómprame un banco 347
El botín de Botín 349
Capítulo XII: Chávez: el huérfano de la Guerra Fría 352
El concepto histórico vivido por Chávez 354
El comandante adventicio 357
La última pesadilla de Fukuyama 362
Una redicha semántica gerrafriísta 363
Un derrotero diplomático guerrafriísta 371
La heredera legítima reconoce al expósito 374
Las guerras de la Guerra Fría enseñaron 376
La amalgama perfecta 378
El plan de acción 2010-2014 380
Capítulo XIII: El comandante *pop* 372
El desparpajo del poder 372
El alcance de la escena anterior 384
Hollywood chavista 386
La legitimación del espectáculo 389
La diosa de ébano y el samán de Güere 391
Larry King 392
Capítulo XIV: El desmantelamiento del Estado histórico 395
Del desmantelamiento vendrán misiones 399
Ofuscación y la vieja nueva retórica 401
Ley de leyes revolucionaria para desmantelar el Estado histórico venezolano 401
El Estado histórico se negó —en vano— a desaparecer 409
La reforma es poder eterno 409
El que vote por el Sí, está votando por Chávez y el que vote por el No, está votando por George W. Bush 412
La demolición es un mandato: enmienda y reforma son diferentes 415
Capítulo XV: El despertar 419
Mi rodilla por un reino 421
El candidato kamikaze: «viviremos y venceremos» 425
La batalla perfecta, la victoria perfecta, la muerte perfecta 429
Que el fuego olímpico no se apague 432
Bibliografía 439